Libros de Política y Sociología
N.° 5

JUAN B. BERGUA

Los Credos Libertadores

Socialismo | Colectivismo
Comunismo | Bolchevismo
Sindicalismo | Espartaquismo
Menchevismo | Cooperatismo
Reformismo | Solidarismo

Anarquismo

Síntesis de la Historia, Doctrinas, Programa y Téndencias de cada una de estas Escuelas Sociales

EDITORIAL MODERNA
Santiago de Chile
1932

Libros de Política y Sociología

EDITORIAL MODERNA

P U B L I C A D O S :

N.o 1.—J. Stalin.—"EL PLAN QUINQUENAL" .. .. $ 2.50

N.o 2.—Marx y Engels.—"LOS FUNDAMENTOS DEL MARXISMO", "MANIFIESTO COMUNISTA" y "CAPITAL Y TRABAJO". (Todo en un tomo) 2.00

N.o 3.—F. Engels.—¿QUE ES EL COMUNISMO? 1.00

N.o 4.—N. Lenín.—"EL MARXISMO"; y F. Engels.—"CARLOS MARX". (Biografía) 1.00

N.o 5.—J. Bergua.—"LOS CREDOS LIBERTADORES" 2.00

EN PRENSA:

"Orígen de la familia, de la propiedad privada y del Estado"

Por FEDERICO ENGELS

¡No deje de leerla!

¡Haga reservar su ejemplar!

JUAN B. BERGUA

Los Credos Libertadores

SOCIALISMO
SINDICALISMO
BOLCHEVISMO
MENCHEVISMO
COOPERATISMO

COLECTIVISMO
COMUNISMO
ESPARTAQUISMO
SOLIDARISMO
REFORMISMO

ANARQUISMO

EDITORIAL MODERNA
Santiago de Chile
1932

19581

Distribuidores exclusivos de esta obra:

LIBRERIA "CULTURA"
DELICIAS 461-463. — HUERFANOS 1165.
Casilla 6048. — Santiago

DOS PALABRAS

La súbita avidez del público por las cuestiones sociales, me ha obligado a escribir este folleto a toda prisa. Desde la instauración de la República y al hervor de las diversas tendencias socialistas, reavivadas ante la perspectiva de una era más libertaria, la simple curiosidad en unos, el recelo en otros, y el temor en los más, ha hecho al público lanzarse por las librerías en busca de manuales que les explicasen qué son estas "nubes" sociales que antes, creyéndolas remotas, no les inquietaban; pero que de pronto han visto cernirse sobre sus cabezas y no — por desconocer qué son y qué pretenden — como anuncio de tiempos más justos y mejores, sino al contrario, cual pavorosa amenaza.

Pues bien, a tratar de saciar esta curiosidad exponiendo breve, clara y sencillamente la génesis, doctrinas, programas y aspiraciones de cada una de estas tendencias, está destinado este folleto. A esto y algo más; y es: a llevar — al disipar con las luces de la verdad, la ignorancia que muchos tienen sobre estas cuestiones, — la tranquilidad a cuantos creen, por

ejemplo, que el comunismo es algo temible y espantoso: siendo así que, fuera de los plutócratas, nadie debe temer, sino esperar, por el contrario, mucho bueno de él. Y aún los mismos en cuyas manos están indebidamente las grandes masas de capitales, tierras y fábricas, aún éstos, si el deseo inmoderado de riquezas y poder no ha obscurecido sus sentimientos humanitarios, reconocerán, si leyeren, que hay algo mucho más digno y justo de ser respetado que lo que llaman "sus bienes", y ello es, la miseria y los padecimientos y las privaciones de los "trabajadores".

Y al escribir "trabajadores" y subrayarlo, quiero dar a entender que aún me propongo algo más con este folleto. Sí, me propongo lamentarme de lo que a mi juicio constituye los dos grandes escollos del Socialismo en todas sus variedades; escollos que, de no atajarlos, darán al traste — ¡y lástima sería! — hasta con el "leninismo": 1.°, la injusta aversión que manifiestan los trabajadores "manuales" por los trabajadores "intelectuales"; 2.°, el equivocado prurito de establecer las nuevas sociedades, sobre la base de la igualdad "absoluta" entre sus individuos, sin tener en cuenta que los hombres son tan fundamental e intrínsecamente desiguales, que la verdadera justicia está en tratar desigualmente (claro que a partir del mínimum de derechos y compensaciones a que todos, por el hecho de ser "hombres que trabajan", tienen derecho) a los que desiguales son y desigualmente se comportan.

Y esta es mi lamentación; tanto más sentida cuanto que, partidario convencido de las ideas más avanzadas, sentiría que conquistas como la República soviética, que tanto ha costado conseguir, viniesen a tierra por detalles cuya rectificación nada mermaría, sino que al contrario, fortificaría la justísima razón que las anima.

ORIGEN Y ABOLENGO DE LAS IDEAS SOCIALISTAS

"Nihil sub sole novum..."

Quién sin preparación previa en cuestiones económicas y fijándose tan sólo en el aspecto arrollador e inquietante del *espectro rojo* (que va ganando, como es lógico, el mundo moderno y amenaza cada día con nuevas conquistas), creyese que este hecho hoy evidente — sombra impalpable hace muy pocos años — era producto de los tiempos actuales y flor y fruto de unos pocos lustros a esta parte, erraría grandemente, pues *socialismo y comunismo* — sobre todo éste, — son tan antiguos como el hombre.

En el dominio de la fábula, se cuenta que el reinado de Saturno en el Lacio, cuando, como simple mortal vino a la tierra al ser expulsado del Olimpo por sus hijos y dió leyes y gobernó con dulzura a los hombres feroces que vivían dispersos por las montañas, fué la *Edad de Oro*. Estableció, según se cuenta, la *igualdad* entre sus súbditos: ningún hombre ha-

nadie tenía propiedades; todo era común, como si todos hubiesen tenido una sola herencia; y sin ambiciones, lujos, desigualdades, ni otra férula que la muy suave y tutelar del antiguo dios, fueron felices y buenos. Por ello, cuando los romanos celebraban periódicamente con grandes fiestas las *Saturnales*, no celebraban, en verdad, a la antigua deidad devoradora de sus hijos, sino a la venturosísima época perdida.

Y viniendo de la fábula a lo real, nada más cierto que los pueblos de la antigüedad tuvieron con frecuencia *la propiedad en común* y que en Grecia y en Esparta persistió el *comunismo* hasta el final del período helénico. Y es que las normas del socialismo han sido eternas y con los tiempos, lo único que han hecho, ha sido cambiar de forma. Por eso, aunque en el terreno de los hechos los tiempos modernos aventajan a los antiguos, en la esfera del pensamiento, poco se puede imaginar que no haya sido ya pensado e imaginado. Y por lo mismo, el más grande y sublime de los utopistas será siempre Platón.

Antes que él las doctrinas socialistas habían nacido y florecido durante muchas centurias en Oriente. En todos los tiempos los espíritus justos y sencillos fueron heridos por la irritante y monstruosa desigualdad que ha existido siempre en el reparto de las riquezas; y esto explica, que las primitivas formas del socialismo tendiesen principalmente a corregir tamaña injusticia. Nacieron, pues, las primeras doctrinas reivindicadoras en aquellas sociedades remotas de maravillosa ci-

vilización, y durante siglos, se reflejaron en las doctrinas de sus filósofos y en los trabajos de sus legisladores. Las familias, no los individuos, fueron, además, el verdadero núcleo de las primitivas sociedades, y éstas y las clases y las castas y la propiedad comunal y todo, en ellas, tuvo un verdadero carácter social.

Más tarde, en Grecia, el comunismo aparece inconfundible en las leyes de Minos y en las doctrinas de Platón. Las leyes dictadas para Creta por aquel monarca, leyes que más tarde influyeron en la legislación ateniense, se inspiraban en teorías comunistas compatibles con la esclavitud. No existió en esta isla la propiedad privada de la tierra; los hombres formaban asociaciones libres iguales entre sí, y hasta las provisiones que utilizaban eran patrimonio de la comunidad. En aquella confraternidad e igualdad casi absoluta, tan sólo la edad y el mérito personal tuvieron primacía; una primacía espiritual en todo caso.

De sus peregrinaciones por todo el mundo antiguo, que le hicieron conocer las nociones de socialismo puro que brotaban de las instituciones de ciertos pueblos orientales y del estudio de las leyes de Minos, extrajo Licurgo el espíritu de comunismo aristocrático que había de presidir a las leyes espartanas. Fué, además, Licurgo, el primero de los legisladores conocidos que consiguió llevar a la práctica, de un modo duradero, las teorías comunistas: división de la tierra en lotes de valor equivalente, abolición de las monedas de plata y oro — para poner freno a la

codicia y sus funestas consecuencias — y su substitución por otras de hierro sin valor real; creación de escuelas gratuitas a donde concurrían los hijos de todos los ciudadanos, sin distinción; instauración de estas leyes duras, ante la hipócrita ética actual, pero útiles y justas, destinadas al mejoramiento de la raza y, en fin, gran sencillez y sobriedad en las costumbres y gustos y medidas severas para combatir la prodigalidad y la opulencia, fuentes de grandes males sociales, fueron las medidas legales consecuencia inmediata de sus doctrinas.

Es decir, que la historia de Grecia nos ofrece dos creaciones socialistas perfectas: la de Licurgo, en el terreno de los hechos; en la esfera del pensamiento, la de Platón (1).

En tiempos de Platón, ofrecía Grecia un aspecto tan triste y lastimoso de injusticia y derrumbamiento moral, como puede ofrecerlo en la actualidad cualquier nación moderna: Propiedad y gobierno en pocas manos: la justicia al servicio de los poderosos; un abismo, entre ricos y pobres y este abismo, infranqueable por su mismo carácter de económico, trayendo como consecuencia violentas e inaplacables luchas y choques entre los privilegiados y los desheredados de la fortuna. Semejante espectáculo no podía menos de herir a un espíritu como el suyo y, naturalmente, soñó al punto con los medios de organizar

(1) Véase para la vida y doctrinas de Platón el tomo N.º 2 de la "Biblioteca de Bolsillo": Diálogos de Platón

un estado ideal y su sueño cristalizó en su *República* y, más tarde, tras las enseñanzas y amarguras que le impuso la realidad infinitamente más grosera, baja y mala que su concepción, en *Las Leyes*.

En ambas obras está contenida la idea socialista en todo su desarrollo científico y juntas forman la más grande y hermosa doctrina estatal de cuantas han ideado hasta ahora los reformadores sociales.

En la primera se traza el cuadro de una ciudad, en donde *hasta las mujeres y los niños pertenecen a la comunidad*. En esta especie de república ideal, están contenidas todas las ideas de la antigua Grecia sobre el comunismo; y de lo avanzado de ellas puede juzgarse por las siguientes en que se fundaba aquel comunismo: abolición de la propiedad privada; comunidad de todas las riquezas entre los ciudadanos; supresión de la palabra *propiedad*, hasta en las conversaciones particulares; educación sobre la base de una completa sencillez e igualdad (puesto que la grandeza de los Estados depende de la perfección, moral ante todo, de sus ciudadanos; y la de éstos, de su educación); supresión de la familia y del matrimonio; selección de los individuos más aptos para la propagación de la especie; crianza y educación de los niños no en el hogar, sino en la colectividad, en las grandes instituciones de educación del Estado; e igualdad entre el hombre y la mujer.

En Roma, las luchas económicas llenan toda la historia privada de la primitiva Monarquía y de la en otros órdenes tan gloriosa y fecunda República.

Los inútiles intentos de los cónsules Cassio y Fabio Coeso, para que se repartiesen las tierras vinculadas en unas cuantas manos — intento repetido en balde muchas veces en el transcurso de los años, — los esfuerzos de Licinio y del censor Rutilius para que fuesen aminoradas las deudas que forzosa, fatalmente contraían los ciudadanos pobres; el nombre glorioso de los generosos y humanitarios Gracos, el de Espartaco y con él, el recuerdo de las numerosas sublevaciones de esclavos y tantos otros hechos similares, dicen más que cuanto yo pudiera escribir, sobre la injusticia y podredumbre que minaba el fondo de aquel poderoso y tiránico fantasma del mundo antiguo, que al entronizar el Imperio, cada vez más corrompido, acallaba a un pueblo en el colmo de la abyección con panes y juegos; *¡panem et circenses!* que pedían las turbas de aquel gran enjambre sin justicia, a pesar de haber elaborado un derecho perfecto en muchos puntos y sin caridad, no obstante haber rebosado gloria tantas veces.

Nada tiene, pues, de extraño que en medio de las capas inferiores de pueblo tan necesitado y oprimido, entre los esclavos de los latifundios y los míseros labradores no mucho más libres que los esclavos, (aunque menos corrompidos y envilecidos que los hambrientos libertos de las ciudades, hiciese rápidos progresos el cristianismo naciente que llegaba deslumbrando con promesas de paz, de amor, de dulzura y de igualdad. Este cristianismo no era entonces sino la esencia de lo mejor de ciertas sectas como la de los

esenios y terapeutas — hijas, a su vez, de las sectas comunistas orientales — de las que decía San Lucas: "Todos los que creían, vivían juntos y poseían en común todas las cosas. Los ricos vendían sus bienes y los distribuían a todos, en proporción a las necesidades de cada uno". (Hechos, II, 44). De modo que no van descaminados los socialistas actuales que buscan la raigambre de sus doctrinas — aunque más antigua es, como voy exponiendo — en el período que precedió a la formación de los primitivos núcleos llamados más tarde cristianos (al inventar para poder ofrecer un señuelo a los ávidos ojos de los creyentes — es decir, para buscar fundamento a la casta sacerdotal encargada de acaparar lo que ya prometía ser un inacabable venero de poderío y riqueza; un fabuloso negocio, — la figura dulce y atormentada de Cristo); y en las prácticas de sus sencillas doctrinas de entonces; y en este sentido, razón tiene Engels, cuando escribe: "El cristianismo fué en sus comienzos un anhelo de los oprimidos, la religión de los esclavos y de los pobres, de los pueblos subyugados o dispersos por Roma en los ámbitos del Imperio. Cristianismo y socialismo obrero hablan ambos de una próxima redención; pero mientras aquél transporta esa redención fuera de la vida, a un período que sigue a la muerte, éste la busca en la vida misma. Ambos, apenas surgen, son combatidos con saña, el uno como enemigo del género humano y el otro como enemigo del orden social; no obstante, a pesar de las pers-

secuciones y tal vez a causa de ellas, uno y otro se abren camino victoriosamente."

Pero pronto había de estancarse lo verdaderamente bueno de esta religión naciente, es decir, aquello que había extraído de las sectas puras de los filósofos y de los moralistas de épocas anteriores y, en cambio, había de dar origen a una insaciable casta sacerdotal que se pondría siempre junto a los poderosos, para ser un paladín más (bien que infinitamente solapado y aparentando arteramente todo lo contrario) de la desigualdad y de la injusticia (1).

El segundo ensayo de Estado ideal no aparece hasta el siglo XVI (pues el intento de utopía social

---

(1) Paladín tanto más peligroso cuanto que con el señuelo de una doctrina que no practica, de unos santos que sólo apartándose de ella lo han sido y fluctuado de continuo con los impulsos dominantes, está siempre alerta y dispuesta a arrimarse únicamente al sol que más calienta; por lo que nadie que conozca a la Iglesia se extrañará de que la absorbente, la imperialista, la intransigente, la inquisitorial Iglesia de ayer; la de los reyes de derecho divino de hace nada; la que atormentó e inmoló a tanto mártir de la ciencia y de la libertad de pensar; la que, en fin, asoló al mundo infinitas veces, promoviendo sin piedad **luchas religiosas** (¡las más abominables y crueles que registra la Historia!) sea la que luego, al ver crecer el fantasma social, trate de arrimarse a él (¡Gloriae victor!) con encíclicas como la **Rerum Novarum** o la **Deconditione opificum**, en que hipócritamente aconseja lo que ella no sintió ni practicó jamás.

contenido en el *Blanquerna*, de Ramón Lull, si bien merece citarse, no esencialmente. Más importante es la obra *De subventione Pauperum*, de Juan Luis Vives, en la que se afirma que el Estado primitivo de la sociedad, fué la comunidad de bienes que quien no reparte a los pobres lo que le sobra de los "usos necesarios", es un ladrón. El P. Mariana es partidario acérrimo del comunismo agro-pecuario. Enteramente comunista eran también las misiones establecidas por los Jesuítas en el Paraguay). Es decir, que hasta que el Renacimiento y la Reforma hicieron surgir nuevamente las doctrinas de Platón y con ellas el deseo de remediar las inacabables injusticias sociales mediante las más peregrinas concepciones del entendimiento humano no hubo nuevas teorías ideales. La primera fué debida a Tomás Moro, canciller de Enrique VIII, conocido generalmente por el nombre latinizado de *Morus*. Nació este autor en 1478 (su padre era juez supremo de la nación, estudió en Oxford, llegó al más alto puesto, como he indicado, y murió decapitado en el cadalso en 1536, víctima del inflexible espíritu de justicia con que se opuso a los designios de aquel bárbaro monarca. Su *Utopía* (palabra que desde él ha servido para denominar todas las invenciones quiméricas del espíritu), se publicó en Lowen en 1516.

Moro, como Platón, vivió en una época en que la desigualdad entre pobres y ricos había llegado a un grado desesperante. La mayor parte de la tierra de su país (como la de otros muchos, por obra del feuda-

lismo) estaba en poder de unos pocos —en cuyo estado sigue— que con inmensa injusticia, la explotaba en interés propio. Los campesinos eran desposeídos y expulsados sin otro fin que transformar sus campos en tierras de pasto para los ganados de sus expoliadores o en cotos de caza; y en tanto, la corte de estos grandes señores y de los príncipes, estaban infestadas de holgazanes que tenían que ser sostenidos a costa del país. Moro, en su famosa Utopía, expuso el plan de una sociedad ideal en que todos los males apuntados tenían remedio; en ella ataca a la propiedad privada, a la que considera como la causa principal de todos los delitos; la ataca y la niega salvo contadas excepciones; describe una sociedad donde trabajan todas las personas útiles; en la que todo individuo está obligado a dedicarse a la agricultura, (la más noble de las ocupaciones) y a aprender, además, algún oficio; en donde el pueblo elige libremente a quienes han de regirle; en donde no existe la moneda; en donde la propiedad se disfruta en común; en donde la jornada de trabajo dura seis horas (tiempo más que suficiente para producir lo necesario, aun trabajando con las mayores comodidades, cuando no hay holgazanes que consuman sin producir y cuando se renuncia a lo supérfluo) y en la que todo pertenecía a todos menos a las mujeres. Había, además, en ella, una absoluta tolerancia religiosa; en cambio, admitía la esclavitud, aunque muy limitada y benévola.

El siguiente ensayo fué debido al pintoresco monje dominicano Campanella y se titula *La Ciudad del*

Dios. Nació Campanella en Stilo (Calabria) en 1568 y murió en París, en un convento de su orden, en 1639. Su famosa obra la escribió en su larga reclusión de 27 años a la que fué condenado por haber fraguado una conspiración contra la dominación española en su país natal. La Ciudad de Dios es una ciudad en la que impera el comunismo más absoluto hasta el punto de estar suprimido en ella el dinero y el comercio exterior: mujeres y haciendas son de todos; el Estado cuida de las criaturas y el trabajo es obligatorio so pena de castigos corporales. Para luchar contra el egoísmo, verdadero mal social, Campanella suprimía cuanto afectaba al interés particular, desde luego la propiedad, y en cambio se cuidaba en extremo del mejoramiento de la raza humana. Llevó, en fin, sus instintos libertarios hasta consentir la promiscuidad de sexos.

Jacobo Harrigton, político inglés de gran influencia en la época revolucionaria (1656) proclamó en su *Océana* la necesidad de una acción social, basada en un nuevo reparto de la propiedad en que la porción correspondiente a cada uno era limitada. Juan Bodín (1577) defendió en su *República* ideas francamente socialistas. De menor importancia es la *Historia de los Saverambes* de Denis Vairasse (1577) y el *Viaje a la isla Cphar Salama*, escrito en alemán por un autor desconocido en 1741. En cambio es interesantísima la *Basiliada* de Morelli, utopía muy semejante a la de Platón y Moro, en la que se critica la propiedad y se aboga decididamente por la igual-

dad en la posesión de los bienes. El sistema expuesto por Morelli en esta obra puede condensarse en los tres postulados siguientes:

1.° Nada pertenece a nadie fuera de los objetos de uso diario.

2.° Todo ciudadano tendrá derecho a que la sociedad le alimente.

3.° Todo ciudadano contribuirá, según sus fuerzas y sus facultades intelectuales, al bienestar común. Dos años antes de la *Basiliada*, había publicado Morelli su *Código de la Naturaleza* en el que esboza ideas marcadamente comunistas.

En fin, temas muy parecidos y doctrinas muy similares, que sería prolijo enumerar, expone Mably, partidario en sus escritos de la abolición de la propiedad individual de las herencias, del derecho de testar y secuaz del reparto de bienes; Bacón en su *Nova Atlantis*: Daniel Foe en sus *Essay of projects*; Valentín Andrea en su *Reipublicae christiano-politanae descripcio*; Hall en su *Mundus alter*; Fenelón en su *Salante* y en su *Voyage dans l'Iledes Plaissir*; el Abate Saint-Pierre en su *Reve de paix perpetuelle*; Rétif de la Bretonne en su *Découverte australe*; y Cardan, Telesio, Giordano Bruno, Vanini, Savonarola, Münzter, Roger Bacón, Muratori, Hobbes, Fontenelle, Mirabeau, Swift, Lantier, Barthelémy y muchos más son partidarios de las mismas ideas.

Mención especial merecen también los que fueron especialmente contra la propiedad privada y cuyos ataques justísimos nacieron al calor de las doctrinas

del cristianismo (a cuyo amparo se fundaron en los primeros siglos de nuestra era, como he dicho, órdenes y sectas marcadamente comunistas) y que al final de la edad media recibieron poderoso impulso merced a la tiranía y abusos que flagelaban a las clases inferiores muy especialmente a los campesinos. Al hablar, pues, de este movimiento de reivindicación societaria, hay que empezar nombrando a Nicolás Stock, tejedor de Zwickau y a Tomás Münzen que tanto trabajó para establecer un régimen de igualdad, honradez y libertad, semejante al que debió imperar en las primeras comunidades cristianas. Y en seguida hay que citar a quienes dieron a todas estas tendencias y movimientos comunistas un fundamento filosófico, empezando por Rousseau cuyos atinados y certeros ataques contra la propiedad particular hicieron en su tiempo profunda impresión y se extendieron velocísimamente como era lógico, pues no hay que olvidar que lo podrida Francia de entonces con su monarquía de derecho divino, sus clasificaciones feudales y su sociedad decadente y corrompida, ofrecía campo abonado para ello. El ideal de Rousseau fué la igualdad absoluta, y convencido de que al fin y a la postre el más grande y frecuente origen de las desigualdades era *la propiedad*, la combatió con palabras que han quedado memorables en la historia de las ideas sociales: *La Humanidad debe gran parte de sus calamidades al primero que cercó un terreno y dijo: esto es mío. El que al acotar un pedazo de tierra aseguró que le pertenecía y encontró gente bastante necia para*

creerlo, fué el verdadero fundador de la propiedad burguesa. ¡Cuántos asesinatos, guerras, devastaciones y miserias se habría ahorrado la humanidad si alguien hubiese destruído las cercas o llenado los fosos y hubiese gritado a los demás: ¡Atención, no creáis a ese impostor o estáis perdidos si olvidáis que los frutos del suelo pertenecen a todos y que éste no pertenece a nadie! Rousseau demostró, asimismo, cómo el progreso de la civilización tan sólo males ha causado a los hombres y cómo la división del trabajo, como resultado del desarrollo de las artes y de la aparición de la propiedad privada, creó entre los hombres las distinciones entre ricos y pobres que rompieron la felicidad natural de las criaturas y originaron el establecimiento de la sociedad civil que con la fuerza, justifica toda clase de abusos. *Las leyes vivientes*—escribe en otra ocasión, con certera visión de la realidad—*sólo favorecen a los ricos y perjudican a los pobres*. Es decir, que el Estado sólo es ventajoso para quienes poseen algo.

Espíritu análogo informa las obras de Linguet y Brissot, quienes aceptan sin reservas que el derecho de propiedad no es más que el resultado de la fuerza y de la voluntad y que, en modo alguno, tiene su justificación en la naturaleza del hombre. Brissot fué el primero en proclamar esta frase que luego adquirió gran celebridad en boca de Proudhon *la propiedad es un robo*. Mirabeau, influido también por el filósofo ginebrino, consideró la propiedad como el producto de un consorcio libre y por consiguiente modificable

en cualquier momento y que, por lo tanto, debería ser transformado adaptándole a las necesidades y circunstancias modernas. Atacó, además, la propiedad particular como causa de todos los males de la sociedad.

Entre los adalides de la Revolución Francesa, Robespierre fué socialista y Saint-Just, comunista. Ellos y todos los jefes del Terror hablaron siempre con el mayor desprecio de los bienes materiales y proclamaron la repartición de la propiedad. Pero el hombre más interesante para el socialismo, de este período, quien durante su cautiverio concibió un completo sistema comunista y a quien cabe la gloria de haber sido el primero en intentar llevar a la práctica estos doctrinas, y de una manera violenta por cierto, es Graco Babeuf. Contra la repartición de propiedad, que proclamaban aquéllos, se alzó él valerosamente combatiendo la igualdad de fortunas y pidiendo la comunidad de bienes. Con ayuda de Buonarotti, Sylvan Marechal, Darthé y otros organizó, tras activa y tenaz propaganda entre el círculo de la Societé du Pantheón y mediante la revista "El tribuno del Pueblo" una vasta conspiración que, fracasada en plena revolución, dió por resultado la muerte de Babeuf y de muchos de los camaradas de aquél *partido de los iguales*, como se llamaban. He aquí la síntesis de sus ideas y pretensiones extraídas del famoso *Manifiesto* redactado por Sylvan-Marechal que contiene un perfecto resumen de las doctrinas del partido: Comunidad de todos los bienes, tanto materiales como intelectuales. Nadie debe disfrutar más que otro; todo el mundo tie-

ne derecho a una existencia feliz, pero todos tenemos también el deber de trabajar; deber que no ha de dejarse a la iniciativa privada, sino que ha de ser promulgado por la ley. El poder central debe encaminar a los ciudadanos hacia aquella profesión en cuya esfera de actividad demuestra aptitudes y obligarles a entregar los productos de su trabajo *in natura* a un almacén general. Una administración distributiva se establecería para llevar la cuenta a todos los individuos y bienes a fin de repartir a domicilio con estricta igualdad los medios de subsistencia. La educación de la infancia debe ser colectiva, sumamente sencilla e igual sin atender a la diversidad del talento. Debieran desaparecer las grandes ciudades, pues toda la vida se basaría principalmentee en la agricultura, y tanto el arte como la ciencia se reducirían a la más mínima expresión. Es decir, que proclamaba las excelencias del comunismo absoluto, considerando la igualdad como base y origen de toda ventura, hasta el punto de afirmar, que un sólo hombre más rico o más fuerte que los demás, rompe el equilibrio de la sociedad. Si Babeuf fué el autor del primer intento de comunismo revolucionario, de hecho Roberto Owen lo fué pacificante.

Owen tan experto hombre de negocios como apasionado idealista intentó establecer las relaciones entre patronos y obreros sobre la base de la cooperación, esbozando una forma de sociedad fraternal destinada a remediar la pobreza y desventura de los asalariados mediante la abolición del capitalismo, la eli-

gión y el matrimonio. ("Destruam et edificabo", fué su lema). Nació en 1771 al Norte del país de Gales, y murió en 1858. Hijo de un pequeño comerciante, también él se ocupó del comercio al por menor hasta que un fabricante de Manchester le asoció a sus negocios. En 1800 se casó con la hija del dueño de importante fábrica de New-Lanark (Escocia), de la que se puso al frente y en la que empezó a desarrollar sus teorías. Situada dicha fábrica en las márgenes del Clyde (para aprovechar un salto de agua) en una región poco poblada donde era difícil encontrar brazos y como es consiguiente, ser exigente con quienes se presentaban solicitando trabajo, los obreros que la servían no eran gente modelo ni mucho menos. Pero Owen, consiguió gracias a su gran energía, noble carácter y mucha bondad, elevar el nivel moral de aquellos 2.500 individuos alcohólicos, rebeldes y depravados en su casi totalidad, hasta el punto de formar con ellos una colonia modelo donde reinaba el mayor orden y bienestar. Lo consiguió estableciendo escuelas, cásas confortables para los obreros, jardines, saludables instituciones de recreo, etc. Sobre todo, puso gran empeño en evitar las privaciones y miserias de sus asalariados siendo el primero en continuar pagándoles el salario cuando quedaban sin trabajo a causa de las crisis económicas. Con ello, no tan sólo evitaba su empobrecimiento, sino que impedía que su natural anhelo de colocarse, produjera una baja en los salarios; pues fué también el primero en reconocer que la oferta de los

bajando.

sin trabajo, deprime los salarios de los que están trabajando.

El éxito de las instituciones implantadas por Owen en New-Lanark fué inmenso. De todas partes llegaban viajeros para estudiarlas y su nombradía fué tal que influyeron poderosamente en la legislación inglesa sobre el régimen de las fábricas.

Owen estampó por escrito sus teorías en dos libros titulados, *Una nueva visión de la sociedad; o ensayo sobre la formación del carácter humano y sobre la aplicación del principio en la práctica*, publicada en 1812 y *El libro del nuevo Mundo Moral* que vió a la luz en 1820. Owen no opinaba como Rousseau que todos nacemos iguales y que lo que establece las diferencias que luego se observan son la vida, educación, etc.; Pero sí, que al llegar a cierta edad ya somos producto del ambiente dentro del cual nos hemos criado, por lo que son las circunstancias las que nos hacen buenos o malos. Como consecuencia, negaba el libre albedrío llegando a la conclusión de que al individuo aislado no se le puede hacer reo de su maldad sino más bien a la sociedad en cuyo seno se ha formado. Un carácter perverso, según Owen, debería ser tratado como una enfermedad y corregirlo por medio de una educación adecuada. De aquí sacaba la consecuencia de la gran importancia que hay que conceder a la educación de la juventud, la cual, por lo mismo nunca está más garantizada que corriendo a cargo del Estado. Establecía, también, que todo el mundo debe trabajar pues sólo el trabajo común confiere igual

dad de derechos. Nadie debe exigir a otro—es una de sus principales máximas—un trabajo que él no esté dispuesto a ofrecerle; y que todo individuo puede producir más de lo que es capaz de consumir, pues de otro modo no hay ni verdadero bienestar, ni progreso. Es, pues, un deber el inculcar el amor al trabajo y crear una organización tal, que en ella todo el mundo encuentre ocasión de trabajar. Esto logrado, los medios de subsistencia serían tan abundantes, que la propiedad particular llegaría a ser cosa supérflua.

Owen, después de realizar una fortuna muy grande ganada en New-Lanark, empezó una activa propaganda de sus ideas en la que empleó más de un millón de francos organizando conferencias y publicando artículos, folletos y libros. Pero tan pronto pasó del terreno de las dádivas a aquel en que sus generosas ideas podían perjudicar a cuantos no estuviesen dispuestos a seguir el ejemplo que tan noble e inteligente había dado, es decir, en cuanto pasó del bolsillo suyo al ajeno, tan sólo encontró enemigos, puertas cerradas y sinsabores. En 1823 deseando hacer un ensayo nuevo y amplio de sus ideas, compró en el Estado de Indiana (Estados Unidos) enormes extensiones de terreno en las que hizo edificar casas y talleres para 2.000 personas. Pero no logró atraer sino vagabundos y aventureros y naturalmente, pronto la colonia fué una especie de presidio suelto. Mas ni la pérdida de unos cuantos millones que le costó esta aventura, ni los desengaños sufridos, a millones también, fueron bastantes a ahogar sus generosos entusias-

mos por una causa que consideraba, con justicia, mejor, y a su vuelta a Inglaterra, realizó en Orbiston otros ensayos no más satisfactorios. Murió a los 87 años totalmente arruinado pero siempre creyendo en sus generosos sueños, sueños que no murieron con él, pues muchas de sus ideas han sido adoptadas por los colectivistas.

"Los sistemas comunistas y socialistas propiamente tales, dicen Marx y Engels en su manifiesto comunista, es decir, los sistemas de Saint-Simón, Fourier y Owen, surgieron en los albores de la lucha entre el proletariado y la burguesía.

"Los inventores de estos sistemas se dieron cuenta del antagonismo y de la fuerza disolvente de ciertos elementos de la actual sociedad; pero ni analizaron la inflencia histórica del proletariado, ni vieron la acción política que éste es capaz de ejercer.

"Tuvieron, sin embargo, conciencia de que defendían primordialmente los intereses de la clase obrera; pero tan sólo teniendo en cuenta que esta clase obrera era la que más sufría.

"Mas no comprendieron que existe un antagonismo de clases, por no haberse desarrollado aun verdaderamente dicho antagonismo en su época. De aquí su deseo generoso de mejorar las condiciones de vida de todos los miembros de la sociedad, incluso de los privilegiados. Es decir, que se dirigieron a la sociedad toda sin hacer distinciones, o, por mejor decir, se dirigieron a las clases directoras.

"No fueron partidarios, por lo tanto, de la acción

política, y mucho menos de la revolucionaria y tan sólo pretendieron que sus evangelios se abriesen camino al ejemplo de los experimentos hechos en pequeño y que de antemano estaban condenados al fracaso."

Saint-Simón sostuvo que el fin de la actividad social no tenía en definitiva otro objeto que la *explotación del globo por medio de la asociación;* que la política que en sus orígenes, constituye la ciencia de la producción, debe caer plenamente en el campo de la economía; o sea, que lo que sirve de base a las instituciones políticas, son las condiciones económicas (idea luminosa y exacta que más tarde desarrolló Marx); y propuso un nuevo orden social dirigido por las clases productoras, a fin de conseguir el mayor progreso de la industria.

El conde Saint-Simón nació en París en 1760 de una de las más ricas y linajudas familias de la capital francesa. Su educación fué esmeradísima, su talento muy grande, las inquietudes de su espíritu parejas de su talento. Luchó junto a Washington por la libertad de los Estados Unidos; viajó mucho; concibió proyectos tan aventurados (sobre todo para su época) como la apertura del itsmo de Panamá y la comunicación de Madrid con el mar; le arruinó la revolución francesa; se arruinó él voluntariamente más tarde cuando le fueron restituídos sus bienes; renunció a buscar los apoyos poderosos que fácilmente le hubieran conquistado sus apellidos y al fin, murió pobremente en París en 1825.

El ideal de Saint-Simón fué una nación organizada a la manera de una gran fábrica; la transformación

de las naciones en sociedades productoras. Su socialismo tiene mucho de teocrático y muchos puntos de contacto con los de Licurgo y Platón. No contento con resolver el problema social con una nueva organización, intentó hasta constituir una religión y una moral inspiradas en las concepciones panteístas de Hegel. Fué el primero en hablar de la explotación del hombre por el hombre y en combatir el sistema del trabajo asalariado; soñó con la desaparición de las guerras organizando una confederación obrera e industrial internacional basada en la paz universal; rebatió la esclavitud y las desigualdades sociales afirmando que todos somos iguales ante Dios, y en fin, de él fué la graciosa y evidente ocurrencia de que una nación perdería más si de golpe desapareciesen de ella 3.000 intelectuales (poetas, pintores, sabios, ingenieros, etc.) que 30.000 elevados personajes (todos los miembros de la familia real, corte, clero, altos dignatarios, etc.)

Sus discípulos, Bazard, Enfantin y Pierre Leroux sostuvieron desde las columnas de *El Productor*, *El Organizador* y *El Globo* vivísimas campañas por los principios del *sansimonismo*, corregidos y aumentados con los propios que no pocas veces rayaron en la extravagancia.

Bazard dió desde 1828 a 1830 lecciones públicas sobre las teorías de su maestro. Para Bazard el *salariado* no era sino la última forma de la *servidumbre*, como ésta lo era de la *esclavitud* que vino a substituir a la primitiva inmolación de los vencidos en los campos de batalla. Mas como en definitiva si existe y se

permite la explotación que constituye, es por existir asimismo, el privilegio de la propiedad, ésta debe ser abolida. La producción y el empleo de lo que cada cual ha ganado por sí mismo debe quedar puramente en la esfera de lo económico privado para que todo individuo reciba los beneficios de su trabajo: *A cada uno el trabajo según su capacidad y la retribución según sus obras*, pero después de la muerte, la fortuna debe ir a parar a la sociedad, único medio de que cada uno trabaje no tan sólo para sí, sino para todos. Teniendo, en fin, todo disfrute su origen en el trabajo, desaparecería la explotación por razón de cobro de intereses, rentas, alquileres, etc.

Enfantin, avanzando más, reconoció a la mujer los mismo derechos que al hombre y abogó por su independencia para que no fuese esclavizada por éste. Pero al llegar al amor libre, fraccionó el sansimonismo, y Bazard y sus partidarios le abandonaron. Entonces se lanzó por el franco camino de la extravagancia fundando una secta religiosa cuyos partidarios se entregaban a las prácticas más ridículas hasta que fué disuelta por la policía, escapando Enfantin a Egipto donde murió.

Para Pierre Lerroux, la solución del problema social está en un amplio comunismo, basado en la abolición de la propiedad, de la familia y de la patria.

Se debe a los sansimonistas la idea, base del socialismo, de *hacer totalmente accesibles a los obreros los instrumentos de trabajo, única cosa que asegura su independencia, el reconocimiento de su derecho se-*

bre los medios de producción y el de asociarse para poder hacer efectivos todos estos derechos. Gracias a ellos se estableció por primera vez el socialismo de un modo firme y claro y pudo empezar a trabajar sobre terreno seguro.

Fourrier (1772-1838), hijo de un comerciante de Besancon, perdió toda su fortuna con motivo de la Revolución, por lo que el resto de su vida lo pasó pobremente. Sus teorías, como las de Saint-Simón, son tanto políticas como religiosas; atendían no sólo al mejoramiento material, sino moral de los hombres. Vió Fourrier la solución del problema social en el establecimiento de *falanges* o grupos de 500 familias reunidas en comunidades y alojadas en edificios inmensos. *Falansterios* en los que se cumplirían todos los fines de la vida y que tendrían el dominio, para ello, de una legua cuadrada de terreno. Los distintos falansterios tendrían su capital en Constantinopla. Pensaba Fourrier que trabajando en común, es decir, en mejores condiciones (hacer el trabajo agradable era uno de sus ideales), y con mayor rendimiento, y en cambio, disminuyendo los gastos (desde el momento en que los servicios eran comunes para las quinientas familias, por lo que en vez de haber 500 cocinas por ejemplo, sólo habría una, etc.), desaparecería la miseria bajo su régimen y cada hombre tendría asegurado el ejercicio de su libertad natural; y como con la armonía natural la autoridad coercitiva sería superflua, el sistema de Fourrier conducía, finalmente al anarquismo.

Fourrier, ayudado por Daudet Dulary, que puso a su disposición gran parte de su fortuna, intentó en Conde sur Vesgre, el establecimiento de un falansterio; pero el fracaso fué completo.

Fracasó, asimismo, su discípulo Víctor Considerant al intentar llevar a la práctica el sistema de Falanges en Texas, por los años 1854-1863. En cambio, expuso claramente las un poco obscuras doctrines de Fourrier, su maestro, en su obra *Doctrine Sociale*, publicada en París en 1836-38.

Y voy, para acabar con los socialistas utópicos, a decir unas palabras del filósofo alemán Fichte.

Fichte (1762-1814) profesó doctrinas declaradamente socialistas que, por cierto, durante mucho tiempo pasaron inadvertidas. Ellas demuestran, cómo acertadamente observa Conrad, cómo una inteligencia bien equilibrada, llega con facilidad al socialismo con sólo aceptar la concepción fundamental del rodaje económico y, aun cuando respecto a determinados conceptos sociales sostenga criterios equivocados.

El fundamento del socialismo de Fichte se halla en su concepto del derecho de propiedad y del derecho natural de todo ciudadano. "Todo hombre tiene derecho a la vida, pero, además, a vivir mejor que el animal. Semejante derecho no es privativo de unos cuantos, sino que corresponde a la colectividad de los ciudadanos; mas no puede ejercitarse cuando existen grandes diferencias en las condiciones de fortuna. Hasta ahora el Estado ha sido concebido unilateralmente, como una institución para mantener por la ley

al ciudadano en aquella esfera de propiedad en que se encuentra; pero la misión suprema del Estado, la de colocar a cada uno en la propiedad que le pertenece, ha sido olvidada."

"Entre estas posesiones que se han de asegurar a todo hombre, figuran también, la ocasión de trabajar y los medios de ejercer la fuerza del trabajo. Todo hombre originariamente tiene un derecho de apropiación sobre la materia bruta y al propio tiempo un derecho de propiedad sobre la materia modificada por él. La propiedad no es más que un derecho exclusivo sobre determinada actividad libre, pero no sobre una cosa. No hay propiedad de la tierra; lo que hay es un derecho para la exclusiva utilización de ella y solamente dentro de la esfera de la sociedad... Quien no trabaja, puede en realidad comer lo que se le regale, pero carece de opción jurídica al alimento. Nadie debe utilizar las fuerzas de otro en provecho propio y únicamente puede recabar para sí el derecho de ser tratado como un ser libre, quien a su vez reconozca el mismo derecho a los demás.

"El Gobierno, dice en otro lugar, fijaría el valor de las subsistencias imprescindibles para la vida, atendiendo al tiempo que se pueda vivir de ellas y el de los objetos simplemente agradables, atendiendo al trabajo exigido por su producción, toda vez que la agradibilidad no puede medirse. Estos últimos solamente deberían ser producidos cuando estuviera cubierta la demanda de los artículos de primera necesidad, porque nadie tiene derecho al lujo, mientras

haya quien carezca de lo imprescindible. Tan sólo un Estado capaz de satisfacer sus exigencias reconocidas y justificadas, es el que el hombre debe establecer y tolerar."

El último caudillo del socialismo utópico fué Esteban Cabet (1788-1856). Influído por Owen, publicó una famosa novela *Voyage en Icarie*, en donde traza la línea de un sistema a base de colonias agrícolas y talleres nacionales sin añadir nada nuevo a lo que ya había sido preconizado por utopistas anteriores (comunidad de bienes, producción según las facultades de cada uno y consumo según sus necesidades. En la producción, primero lo necesario, luego lo útil y en último término lo agradable, y esta producción aumentada con el uso de las máquinas y una organización del trabajo perfecta. Remuneración del trabajo en proporción a las necesidades de cada uno, por grande que sea la capacidad del individuo y recompensa, a los servicios excepcionales, con la propia satisfacción y la estima de sus conciudadanos; y supresión de cárceles, ejército y policía, ya que en una igualdad absoluta no habría robos, ni crímenes, ni guerras). Se declara también Cabet partidario de los impuestos progresivos sobre la renta, de la abolición de la herencia y de la libertad en la educación. Sus ideas que ya llovían en terreno mojado, produjeron gran entusiasmo en Francia y sirvieron de fundamento a la creación de una colonia comunista bajo su dirección personal. En 1848, algunos adeptos de sus teorías partieron para Texas con objeto

de aplicar sus doctrinas; un año después marchó Cabet a unirse con ellos; pero la colonia, lejos de prosperar, había caído en la mayor anarquía. Entonces marchó con los discípulos más adeptos a establecerse en Illinois, pero tampoco allí floreció la esperada paz. Las disputas y disgustos se sucedieron y en 1856 los colonos quitaron a Cabet la dirección y le desterraron. Retiróse Cabet a San Luis de Potosí y allí murió al año siguiente.

Posteriormente a todos estos sueños y ensayos, el movimiento marxista ha desplazado al socialismo utópico. No obstante, en los últimos tiempos un grupo de escritores han apuntado ideas interesantes que no han dejado de influir en el desarrollo práctico de los movimientos socialistas. Tal son: Edward Bellamy, con su *Looking Backward;* William Morris, en *News from Nowhere;* William Dean Howells, en su *A traveller from Altruria;* Samuel Butler, en dos obras, *Erewhon* y *Erewhon Revisited;* H. G. Wells, también en dos obras, *New world for old* y *A Modern Utopía* y Graham Wallas, en *The Great Society.*

* * *

Pero ni los *Estados ideales* ni las puras teorías socialistas que llevo mencionadas podían hacer mella en las masas populares. No despertaron el debido interés en ellas, porque no siendo fácilmente asimilables quedaron en su casi totalidad incomprendidas. La

teorías generales pasaban como un sueño y para mover a las masas hubiera sido preciso poner ante sus ojos las ventajas inmediatas, rápidas, de tales doctrinas. Por otra parte, en el período que medió entre 1830 y 1848 empezó a manifestarse vivamente el proletariado como una de las fuerzas activas de la política de la que hasta entonces había estado apartado. El nuevo régimen industrial al fomentar y concentrar una masa enorme de trabajadores, hizo aparecer en esta masa un inquieto espíritu de reivindicación y puso de manifiesto la posibilidad de una poderosa acción conjunta por su parte. Y al crecer, con la amplitud de las relaciones industriales y comerciales, la actividad de aquella masa obrera que tenía intereses comunes, empezaron las demandas difíciles de desatender y los trabajadores fueron solicitando con razones cada vez más apremiantes, participación en los beneficios, seguridades en el trabajo, jornadas de labor más justas y toda clase de mejoras económicas. Y era que a la antigua lucha entre la aristocracia territorial y los propietarios de las manufacturas, substituía otra cien veces más amenazadora y poderosa, la de los capitalistas y trabajadores.

Así en Inglaterra los obreros, con un certero instinto que les decía que sin intervenir directamente en la política serían vanos todos sus esfuerzos, formaron la *Working Men's Association* (Asociación de los trabajadores), que con el apoyo de los miembros más radicales de la Cámara de los Comunes llegaron a la Carta del Pueblo, exigiendo la extensión de los

derechos políticos y una distribución más adecuada en la representación parlamentaria; así como los mismos anhelos e impulsos, llevaban en Francia a apoyar los esfuerzos de Luis Blanc.

Pero antes que Luis Blanc, es preciso recordar a Buchez, que vió en la formación de asociaciones de producción el medio de llegar poco a poco al Estado socialista y que tanto trabajó para animar a ello a los obreros, excitándoles al ahorro con el objeto de que reunieran las sumas indispensables para constituirse en empresas independientes. Este fué el principio del *mutuo auxilio* a favor del cual se pronunció también en Alemania Schulse-Delitzsch en 1849, aunque sin propósitos sociales. Pero más se destacó Luis Blanc, agente activo del socialismo, escritor ardiente, miembro del Gobierno y creador de los *Talleres nacionales* que, ensayados en París, representa el primer paso en la tutela social y efectiva del Estado. Según él, el Estado debía tomar poco a poco bajo su dirección todos los ramos de la producción, las minas, los ferrocarriles, los Bancos y, en fin, todas las actividades económicas y similares. El beneficio obtenido con ellas se emplearía en constiuir asociaciones de producción inspeccionadas y dirigidas por el Estado, quien aglomeraría los ramos de la producción en explotaciones centrales, regidas a su vez por un Consejo Superior, y fijaría los precios y los salarios. De este modo trataba de utilizar el Estado moderno como instrumento y ayuda de sus fines socialistas. Es decir, que se proponía destruir la libre concurrencia y

incorporar al Estado todos los medios de explotación. La revolución del proletariado en 1848 fué un resultado de sus doctrinas, aunque fué motivada por los burgueses que veían amenazadas las conquistas que habían obtenido durante el reinado de los dos Borbones.

En Alemania, quien logró poner en actividad las masas obreras fué Fernando Lassalle, fundador de la *Unión general de los trabajadores alemanes* (Allgemeinen deutschen Arbeitervereins) en Leipzig el año 1863. Fecundísimo escritor y de positivo talento, no se cansó Lassalle de repetir a los obreros con su dialéctica, seductora, o en sus numerosos escritos, que el día que se diesen cuenta y tuviesen conciencia de su poder, bastaría que alguien les mostrase los caminos a seguir, para que alcanzasen una existencia mucho más feliz. Consideraba que el mejor medio para este fin era la fundación de asociaciones de producción. Pero como los trabajadores no podían intentar esta empresa por falta de capital y de crédito, el Estado tendría que interponer sus medios y adelantar capitales a los obreros.

El fracaso de la revolución de 1848 en Francia contribuyó al descrédito del socialismo idealista, pero, en cambio, preparó el terreno y fructificó el germen del socialismo radical. Porque ocurrió un curioso hecho perfectamente observado y recogido pocos años después por un escritor español de la época (José Moreno Nieto): "Es un fenómeno extraño, escribía, y un hecho digno de llamar la atención: en el momento

en que el socialismo comunista iba de vencida, ...
completo, en la ciencia y aún en la opinión de ...
clases ilustradas, habiendo revelado en experiencia ...
tristísima recordación, lo absurdo y funesto de sus d...
trinas, aparecer de nuevo inspirando a escuelas ci...
tíficas, y sirviendo de flamante lema a partidos ...
líticos importantes." Sobre que sus teorías eran "...
nestas" y "absurdas", ya hablaré más adelante p...
rebatirlo cumplidamente, pero lo que fué sorprende...
y muy significativo fué, en verdad, el resurgimie...
del socialismo, nuevo fénix, de sus cenizas. Po...
indudable es que cuantos socialistas sobrevivieron ...
a la formación del Imperio francés que se leva...
sobre las ruinas de la revolución de Febrero, en...
ellos Proudhon y Blanc, quedaron anulados tanto ...
el campo de la ciencia como de los hechos; que ...
sistemas socialistas formados en los últimos años ...
siglo XVIII y en los primeros del XIX, perdie...
toda su eficacia y que, según expresión de Dam...
se hizo tabla rasa del socialismo como doctrina ...
apareciendo las sectas que lo sostenían y queda...
sus batallones reducidos a escasos residuos de lo ...
había sido un ejército que parecía invencible. ¿Có...
se explica, pues, que cuando todo y todos creía...
su desaparición, surgiese súbitamente y con tal po...
cia, que Minghetti dijese que no solamente le ...
daba al socialismo la parte crítica y la protesta en ...
vor de las clases pobres, sino "tendencias y aspira...
nes que no desaparecerían mientras estuviese e...
el problema social"?, ¿y que Dameth, retractándo...

confesase que dominaban en la opinión pública disposiciones y corriente favorables al socialismo, "apoyadas por el desarrollo de los hechos y con influencia en la vida de los pueblos"? ¿Leroy-Beaulieu demostrase poco después que el socialismo vivía más potente y vigoroso que nunca? ¿Y que Sbarbaro dijese que era locura tratar de negar la existencia del socialismo y del problema social, de ese problema que, rodeaba y acosaba al mundo, y que se mostraba en el confuso movimiento de las desgraciadas muchedumbres; en el grito de dolor de millones de hambrientos; en las agitaciones de la plebe, consumida por el pauperismo y la barbarie; en los sufrimientos de los obreros víctimas de un salario insuficiente y en todas las múltiples manifestaciones de estertor de una sociedad que moría y el hálito vigoroso de una sociedad naciente y, en fin, que Benard, de acuerdo con todos los autores, afirmase que el socialismo había sufrido una honda transformación y que surgía revistiendo nuevas formas cuando se creía que yacía maltrecho y destrozado? Pues todo ello se explica sencillamente porque el estado social se apoyaba sobre bases tan arbitrarias e injustas que era insostenible, y la derrota de los revolucionarios del 48 por la Asamblea, no fué sino el acicate que movió a sus directores, a pensar y estudiar los problemas más a fondo; a los trabajadores a unirse día tras día, más y más y a adquirir la seguridad inquebrantable de que tan sólo por la unión y la fuerza darían cima a sus pretensiones. Y así, de un mismo árbol regado con sangre, nacieron dos

vigorosas ramas: el socialismo científico y el socialismo revolucionario. Desde un punto de vista enteramente científico, es decir, rehaciendo la economía clásica, escribió Marx su crítica del capital, que ha venido a ser el evangelio del socialismo contemporáneo. Desde un punto de vista científico todos los escritores socialistas estaban de acuerdo en las censuras que merecía el estado económico en aquel entonces — estado que sigue y agravado — y todos aspiraban, científicamente, a la destrucción de libre concurrencia y a la organización del trabajo; y para conseguirlo, pedían la propiedad colectiva de los medios de producción, el dominio individual sobre los productos, y la supresión del comercio. He aquí cómo Federico Engels compendiaba y resumía perfectamente las ideas y aspiraciones sociales de entonces: "El orden social presente es obra de la burguesía; la Revolución francesa destruyó el régimen antiguo, pero no redimió al pueblo, y su obra se redujo a crear lo que Marx llama la producción capitalista. Entonces la burguesía se hizo dueña del mundo y esclavizó al proletariado, y desde aquella época la sociedad está dividida en dos grandes clases: la de capitalistas y la de asalariados. El socialismo debe resolver ese antagonismo, arrebatando a los burgueses los medios de producción y entregándoseles a la colectividad, para que pueda utilizarlos el proletariado, y no sea soberano absoluto el capital ni esclavo miserable el trabajo". En otra ocasión: "El conjunto de ideas que representa el socialismo moderno es, sólo, el

jo de la inteligencia, por un lado, de la lucha de clases que existe entre los poseedores y los desposeí-dos, entre los burgueses y los asalariados, y, por otro, de la anarquía que reina en la producción. Pero su forma teórica aparece, desde luego, como una continuación más extensa, y más lógica de los principios formulados por los grandes filósofos franceses del último siglo.... Los precursores de la Revolución francesa, y sus autores no acataron ninguna autoridad extraña, y todo lo sometieron a la crítica de la razón más severa; sostuvieron que hasta aquella época el mundo se había dejado gobernar por miserables preocupaciones, y que entonces se veía la luz por primera vez, y que también por primera vez se entraba en el reinado de la justicia, donde la superstición, el privilegio y la opresión, sería desterrados por la verdad eterna, por la igualdad basada en la naturaleza y por los derechos inalienables del hombre. Ya hoy sabemos, que aquel reinado de la justicia, no ha sido otra cosa que el reinado de la burguesía idealizado. Al lado del antagonismo entre el feudalismo y la burguesía, existía, antes de la Revolución, el antagonismo universal entre los explotadores y los explotados, entre los ricos holgazanes y los pobres laboriosos, y aprovechando este último antagonismo los representantes de la burguesía, se arrogaron el título de representantes de toda la Humanidad paciente. Esta fué la causa de que fracasara la sociedad en razón. El antagonismo, entre ricos y pobres, aumentó por momentos, y el desarrollo de la industria sobre un fundamento capitalis-

ta, hizo de la pobreza y de la miseria de las masas obreras la condición vital de la sociedad, y los vicios feudales, que antes eran públicos, se refugiaron en la sombra, y vicios burgueses, que antes se conservaban ocultos, brillaron en todo su apogeo. En tanto que el huracán de la Revolución barría a Francia, se efectuaba, por medio de la mecánica, en Inglaterra, otra revolución, menos ruidosa, pero más potente. Las doctrinas de la economía burguesa, la identidad de los intereses del capital y del trabajo, la armonía universal, la prosperidad general engendrada por la libre concurrencia, fueron brutalmente desmentidas por los hechos. Semejantes desastres hicieron del socialismo una ciencia, que tuvo por misión, desde que nació, la redención del proletariado, la defensa del trabajo y de los trabajadores contra las tiranías del capital y de los capitalistas".

Es decir que el fracaso de los sistemas utópicos, de los primeros y tímidos ensayos prácticos y de la primera tentativa violenta, no fué en modo alguno perdido, pues sirvió para encauzar al socialismo por una nueva fase de su desarrollo que empezó por dar a las ideas socialistas una cimentación sistemática y científica que las permitiesen, primero, rodearse de igual a igual dentro del campo de la ciencia con los demás sistemas económicos; segundo, levantarse potente y plenamente justificada, tanto por los hechos como por el derecho, para imponer sus reivindicaciones por la fuerza, si de otro medio no eran atendidas.

Este movimiento socialista contemporáneo nació…

Alemania y sus definidores fueron Rodbertus y Marx, de los que voy a ocuparme brevemente antes de entrar en el examen de las diversas tendencias sociales.

Carlos Juan Rodbertus (1805-1875) nació en Greifswald. Después de haber estudiado Derecho, estuvo durante algún tiempo al servicio del Estado, luego viajó y, por fin, desde 1836 hasta su muerte, se dedicó a administrar su finca de Jagetzow en la Pomeramia. Su obra principal es *Cartas sociales a De Kirchmann*. En ellas sostuvo y defendió las ideas siguientes: la riqueza nace del trabajo, y al trabajo debe marchar siempre unida. La miseria y las crisis económicas, obedecen a una sola causa: la funesta y peligrosa injusticia en la distribución de los frutos del trabajo dentro de la presente organización social y económica. Aspira, por lo tanto, Rodbertus, a una organización completa del trabajo, y proclama la necesidad de restaurar algunas olvidadas instituciones del régimen antiguo. Las diferencias entre Rodbertus y sus predecesores son grandes. Pese a sus profundas y sabias investigaciones, fué un perfecto idealista. Su fin no fué como en los antiguos socialistas, procurar la generalización del disfrute material, sino elevar el nivel de la cultura. Y así como Marx tuvo siempre como móvil y acicate para sus trabajos el odio inaplacable contra la clase gobernante, a él, en cambio, le movió siempre una gran conmiseración por el mundo trabajador.

En fin, Carlos Marx nació en Tréveris, estudió en Bonn y en Berlín, Filosofía y Derecho, licencián-

dose en 1841, y, después de dirigir durante algún tiempo la *Gaceta del Rhin*, pasó a París, donde conoció a Federico Engels, con quien trabó amistad entrañable y con quien trabajó ya siempre hasta su muerte, ocurrida en Londres en 1883. Las doctrinas y aspiraciones de Marx palpitan principalmente en sus tres obras siguientes: *Miseria de la Filosofía*, *Crítica de la Economía Política* y *El Capital*, su libro magistral y más conocido. He aquí cómo bosqueja Deville la teoría enseñada por Marx en esta última obra: "La división de la Humanidad de clases que aparece en la vida social del hombre, descansa en relaciones económicas mantenidas por la fuerza, y, según las cuales, unos arrojan sobre otros, la necesidad natural del trabajo. Los intereses materiales han sido siempre la causa de la lucha incesante de las clases privilegiadas, ora entre ellas mismas, ora con las clases inferiores, a expensas de las cuales viven. Las condiciones de la existencia material son las que dominan al hombre; y estas condiciones, y por consecuencia, el modo de producción, son las que han determinado y determinarán las costumbres y las instituciones sociales. Tan luego como una parte de la sociedad monopoliza los medios de producción, la otra parte se ve obligada a añadir, al tiempo de trabajo exigido para su propia manutención, una demasía, por la que no recibe equivalente alguno, y está destinada a sostener y a enriquecer a los poseedores del capital. Así el trabajador acumula, cada vez más, mayores riquezas en manos de los propietarios, y el régimen capitalista, sobre-

en poderío a todos los sistemas anteriores. Sólo que hoy día las condiciones económicas que engendra este régimen, atacadas en su evolución natural, por el régimen mismo, tienden fatalmente, a romper el molde capitalista, que no puede ya contenerlas; y estos principios destructores son los elementos de la nueva sociedad. La clase actualmente explotada, el proletariado, a quien organiza y disciplina el mecanismo mismo de la producción capitalista, tiene, por misión histórica, la de acabar la obra de destrucción ya comenzada por el desarrollo de los antagonismos sociales. Es preciso, ante todo, que el proletariado arranque, revolucionariamente, a sus adversarios de clase, con el poder público, la fuerza, consagrada por ellos a conservar intactos sus monopolios económicos. Una vez dueño del poder político aquél, podrá, procediendo a la *socialización* de los medios productores, mediante la explotación de los usurpadores del trabajo ajeno, suprimir la contradicción hoy existente entre la producción colectiva y la apropiación privada capitalista y a realizar la *universalización del trabajo y la abolición de clases*. A Marx se deben dos grandes descubrimientos: la concepción materialista de la Historia y la revelación del misterio de la producción capitalista por medio de la *supervalía*.

En fin, para acabar esta mención de prohombres del socialismo, citaré a Antonio Menger, profesor de Derecho de Viena y autor de dos importantes obras: *El derecho civil y las clases populares no po-*

seyentes y *El derecho de producto íntegro del trabajo*; ya Teodoro Hertzka, periodista famoso, que intentó fundar en África una colonia socialista y autor de *Las leyes de la evolución social y país libre*, obra sumamente leída.

LOS CREDOS SOCIALES

Sabido es la enorme dificultad que entraña el definir cualquier cosa, si esta definición ha de ser, en verdad, tal definición, es decir, si ha de determinar de una manera categórica por su sólo enunciado la naturaleza y particularidades de lo definido, de tal modo que venga a ser como la imagen virtual de la realidad definida. Pues bien, esta dificultad crece infinitamente cuando se trata de los credos sociales cuyos puntos de contacto son tantos, y tantas asimismo sus diferencias, que ni se les puede agrupar en definiciones comprensivas, ni separar sistemáticamente. No obstante, voy a ver si consigo exponerlos y tratar de definirlos por sus propias diferencias, del mejor y más claro modo posible.

En la naturaleza humana hay y se manifiestan dos elementos, dos tendencias perfectamente caracterizadas y distintas: una individual, propia, *egoísta*, que pudiéramos decir, y otra común, social, que nos empuja a la sociabilidad, pues con razón dijo Aristóteles, que el hombre que se aisla, que se aparta de

sus semejantes, o es un degenerado o un ser superior a la especie humana. Pues bien, del predominio de un elemento sobre el otro, total o parcialmente, nacieron el *socialismo* y el *individualismo;* éste, que negándose a admitir lo que de social hay en la naturaleza del hombre y desconociendo en qué modo tan estrecho el destino de cada individuo está ligado al de los demás, considera a cada hombre aisladamente, al hombre frente al hombre; y aquel que, al revés, atento únicamente a la organización social, anula la personalidad y cuanto en cada hombre pueda haber de propio, de suyo, de particular, de característico.

Desde luego, hay que reconocer que así como el *socialismo* es, (cual demostrado queda con la simple exposición de los sistemas utópicos) antiquísimo, el *individualismo*, por el contrario, es cosa reciente. Su primer brote pudiéramos encontrarlo en la Reforma, por lo que está representada de rebelión de la conciencia individual contra las pretensiones de la autoridad, pues hasta ella, sólo implícitamente había latido en la antigua Atenas y en las doctrinas del Renacimiento. Luego, las teorías de los derechos naturales y del pacto social vinieron en su apoyo al considerar al individuo como el elemento más importante del Estado. Por su parte, la Revolución francesa al sostener apasionadamente que las instituciones políticas tenían su origen en la existencia humana y reflejaban sus efectos en la vida de los ciudadanos, creó una tendencia ya francamente individualista. La Revolución francesa, en efecto, no fué en modo alguno

una *revolución* socialista; no se hizo en beneficio de la sociedad (o por lo menos si tal fué su intención no sus resultados), sino en el de una de sus clases, la *burguesía*. Como no tuvo carácter económico, sino simplemente político; se limitó a destruir antagonismos seculares, a remover obstáculos, a destruir privilegios, a reparar injusticias basadas y fundamentadas en la *ley*. Fueron, no contra las instituciones económicas, sino contra el derecho: contra el derecho privado, es decir, contra el régimen feudal mediante la *desvinculación* y la *desamortización* y contra el derecho público, o sea contra los fundamentos de la monarquía patrimonial absoluta, mediante el sistema representativo constitucional y la declaración de los derechos del hombre. Es decir, que estableció la *igualdad política*, pero no la *igualdad económica*, pues los bienes desvinculados y desmortizados, comprados por poquísimo dinero por aquellos que lo tenían (comerciantes, industriales, etc.), volvieron de nuevo a unas cuantas manos, dejando en pie y mucho más enconado el problema social.

Pero aún más, inmediatamente todavía deriva el individualismo de la Revolución industrial, que acabó definitivamente con los últimos vestigios de las castas medievales. "La Revolución industrial, dice Getel, convirtió al *hombre económico* en el miembro más importante y respetable de la sociedad. Ensanchó y amplió los mercados y produjo el régimen de las fábricas. Y como las condiciones y necesidades del nuevo régimen se oponían a la tradición del gobierno abso-

luto, apareció una numerosa escuela de pensadores que proclamaron la necesidad de una amplia libertad individual. Hasta la nueva biología con su doctrina de la evolución, a través de la lucha por la existencia y de la supervivencia de los más aptos, vino a fortalecer y a apoyar los argumentos económicos en favor de la libertad de competencia y de los principios del *laissez faire* y del librecambio. Todas estas influencias actuaban, conjuntamente, en sentido individualista, en la primera mitad del siglo XIX. Los idealistas dentro del individualismo, pensaban que los hombres poseían determinados derechos naturales a los que el Estado no podía tocar. Los economistas, sostenían que el Estado debía dejar en libertad a los individuos, y que la manera más adecuada de fomentar los intereses de la comunidad era asegurar a cada uno la conquista de su propio interés. Los hombres de ciencia proclamaban la lucha o la libre competencia humana como condiciones esenciales del progreso. Y, en general, se aspiraba a dejar a la naturaleza abandonada a sus propias fuerzas; a confiar con optimismo, en el desarrollo de las fuerzas naturales, en cuyo proceso radica únicamente la solución de todos los problemas sociales, si se evita y aleja la intromisión embarazosa del Estado."

Humboldt, en Alemania, escribía ya a favor del individualismo en la última década del siglo XVIII. En Francia eran individualistas Tocqueville, Taine, Laboulaye, Michel y Leroy-Bealieu. En Inglaterra

Sidgwick, Donisthorpe y Bruce Smit. Y en los Estados Unidos, Sumner, Butler y Burgess. Stuart Mill, representa un estado de transición.

Es decir, que en oposición a la Democracia liberal, que legitima la gobernación política *por la parte mejor del pueblo*, a saber, por *la inteligencia y la propiedad*, la Democracia social reconoce sólo al pueblo, en su totalidad y socialmente solidario, como fundamento justificado del gobierno. La Democracia liberal abolió, en las organizaciones del siglo XIX, los privilegios jurídicos de clase, proclamando la igualdad jurídica formal. Pero precisamente por ello, por la libertad de adquisiciones de la propiedad, que el Estado perturbaba lo menos posible, y sólo asegurada "a posteriori", por la libertad de contratación y transmisión hereditaria, se originó un dominio de las clases económicas, dominio que, por no estar fijado jurídicamente, ni legitimado idealmente, era tanto más opresor. Y ello mismo aceleró los impulsos del socialismo, cuyo *orden natural*, es decir, cuya bandera es, no sólo la organización jurídica y social del pueblo por igual, es decir, no sólo la *igualdad de clases*, sino la *socialización económica*.

El individualismo dió lugar en su forma más exagerada y extrema al *anarquismo*.

El socialismo, a todos los credos sociales que voy a examinar a continuación: *socialismo*, *colectivismo*,

sindicalismo, comunismo, bolchevismo, menchevismo, cooperativismo, reformismo, solidarismo y espartaquismo.

* * *

Las injusticias sociales, muy especialmente la muy enorme, que siempre ha existido de la desigualdad en el reparto de los bienes económicos (riquezas) es, y ha sido siempre el punto de apoyo del socialismo como sistema y como escuela, y en la respuesta a esta simple pregunta: *¿Cómo debe hacerse su reparto para que sea más justo y menos anti-económico?* han tenido origen las diversas tendencias del socialismo actual; es decir, el SOCIALISMO (específico, movimiento), COLECTIVISMO, SINDICALISMO, COMUNISMO, ESPARTAQUISMO, BOLCHEVISMO y MENCHEVISMO; pues el REFORMISMO, SOLIDARISMO y el COOPERATISMO, si bien son tendencias de carácter social no tienen, en modo alguno, aspecto de lucha, sino más bien de concordia económica.

En cuanto a aquéllos, aunque como ramas de un mismo tronco y, por lo tanto, muy difíciles de caracterizar separadamente, pues con frecuencia, (sobre todo en los tonos más radicales de sus doctrinas) se tocan y confunden antes de proceder a distinguirlos, voy a indicar los caracteres que tienen comunes.

Desde luego, todas estas tendencias consideran como causa esencial de los equilibrios sociales, la

centración de los bienes en manos de un pequeño número de parásitos que, a causa de ello, obligan a los demás a trabajar en provecho suyo. Y como es lógico, *todos esperan determinar un nuevo orden de cosas, en el cual sean abolidos el capitalismo y su reverso, el salariado o cuando menos infinitamente modificado*. Por otra parte y como acabo de indicar, lo que caracteriza a cada una de estas escuelas y lo que las diferencia primordialmente, son sus exigencias en lo que al derecho de propiedad respecta. Así, el *comunismo* quiere la supresión de la propiedad privada en lo que a toda clase de bienes económicos respecta; el *colectivismo* tan sólo reclama la supresión de la propiedad en los bienes que afectan a la producción: el *socialismo agrario* se contenta con la supresión de la propiedad de la tierra, etc.

El segundo punto en que coinciden todas las escuelas socialistas, es el pretender extender, como medio preparatorio e indispensable para el logro de sus fines, *las atribuciones de los poderes colectivos representados*, bien por el Estado, ora por las diferentes entidades político-territoriales ya por las asociaciones obreras, puesto que su programa es llegar a transformar en servicios públicos, cuanto ahora cae bajo la férula de las empresas privadas.

Todas las escuelas socialistas reservan, además, con exclusión de toda otra clase social, la ejecución de sus planes y proyectos a *los obreros*. Es decir, que no admiten otros intereses que los de la clase obrera, pues los de las demás los consideran antagónicos a

los suyos. Y en esto, precisamente, se funda su principio esencial, que es *la lucha de clases.*

El tercer punto en que coinciden, aceptando íntegramente a Marx, es en *considerar al capital como trabajo cristalizado* y en *sostener el derecho del trabajador al producto íntegro de su trabajo.*

Por lo demás, los socialistas no se preocupan de averiguar cómo estará constituída la sociedad futura. Es más, desprecian y califican desdeñosamente de "utópicos" a quienes como hemos visto anteriormente (Moro, Saint-Simon, Fourrier, etc.), propusieron sistemas para constituir una nueva sociedad que ellos esperan, por el contrario, que se vaya elaborando, bien paulatinamente a fuerza de conquistas sucesivas, o de golpe y como engendrándose en sí misma, si es obra de la revolución.

Sin embargo, hacen mal en desdeñar a los socialistas utópicos, quienes, pese a sus inexperiencias y fracasos, han sido los que han trabajado y abonado con sus "utopías", un campo que, sin ellos, no ofrecería los sazonados frutos que hoy brinda, pues, ¿cómo sin sus enseñanzas, teorías y aún fracasos se hubiera podido llegar a los actuales triunfos?

Precisamente si empecé estos apuntes haciendo mención de ellos, ha sido no tan sólo por poner de manifiesto el ilustre abolengo de las ideas socialistas, sino por cuanto en los puntos culminantes de sus "utopías", en sus "sueños" (*"propiedad en común", "abolición de la propiedad privada", "comunidad de bienes", "educación igualitaria", "Trabajo obligatorio para to-*

das las personas útiles", "*jornada reducida de trabajo*", "*abolición del derecho de testar y de transmisión de bienes por herencia*", "*a cada uno trabajo según su capacidad y retribución según su trabajo*", etc., etc., están cimentados los sistemas socialistas que hacen de aquellos sueños, precisamente, el motivo inmediato y perentorio de sus actuales exigencias.

En cuanto al modo de instaurar sus pretensiones, unas escuelas creen que puede efectuarse por medio de la *evolución* y otras tan sólo por la *revolución*. Ahora bien, cuando esta revolución no es sino el estallido de un trabajo latente y lentamente madurado viene a resultar, al fin y al cabo, uno de tantos modos de la evolución; pues téngase en cuenta que esto ocurre y por ello está justificado, no tan sólo en la evolución social, sino en la biológica y en la geológica. ¿No han sido los terremotos y las bruscas contracciones de la corteza terrestre que han dado lugar a la formación de las montañas y del actual relieve de la tierra, simples formas de su evolución? Y el primer acto del polluelo para salir a la vida, ¿no consiste en romper el cascarón que le envuelve, a picotazos? ¿Qué es, en definitiva, todo nacimiento — que hablen nuestras madres, — sino una especie de revolución y que representa, por consiguiente, al brusco advenimiento de una sociedad nueva, sino el parto doloroso de la antigua que ya no puede contenerla más en su seno?

En fin, las escuelas socialistas, en oposición abierta a las individualistas, afirman el *predominio absoluto*

del medio sobre el individuo. Esta doctrina sentada ya por Owen y por Fourrier, fué resucitada y confirmada por Marx con el nombre de *materialismo histórico* que, en términos sencillos, quiere decir que los hechos económicos y muy especialmente aquellos que se refieren a la producción y a la técnica industrial son los que determinan todos los restantes hechos sociales, bien sean del orden político, bien del moral, bien del religioso, bien del ético. "Cambiando el modo de producir, escribió Marx, cambian los hombres todas las relaciones sociales. El molino movido a brazo dará una sociedad feudal; el molino a vapor, la sociedad del capitalismo industrial". Es decir, que el principio biológico de la adaptación al medio, es exacto también para los fenómenos sociales, de modo que no nos inquietemos demasiado ante un cambio por brusco que sea, de las condiciones económicas, que él irá seguido automáticamente por una perfecta adaptación nuestra a sus condiciones.

Y paso a ocuparme brevemente de cada una de estas escuelas, en particular, empezando por:

EL SOCIALISMO

Abre Macdonald su libro *Socialismo* con las siguientes palabras: "Uno de los mayores obstáculos que el socialismo encuentra en su camino es la resistencia que sus adversarios le oponen por la dificultad de dar una definición precisa de lo que el Socialismo significa y de cuáles son sus propósitos". Y pocas líneas después: "El Socialismo es el credo de quienes, reconociendo que la colectividad existe para realizar el progreso del individuo y el mantenimiento de la libertad, y que el control de los factores económicos de la vida significa el control de la vida misma, tratan de erigir una organización social que incluya entre sus actividades el régimen de ciertos instrumentos económicos que, como el capital agrícola e industrial, no pueden ser equitativamente utilizados cuando se encuentran en manos de los particulares. En esto consiste el Socialismo". Más breve y hasta más comprensiva de las diversas modalidades que caen dentro del substantivo Socialismo, me parece la definición siguiente, que me atrevo o proponer:

Socialismo es el movimiento impulsado y dirigido por los trabajadores que tiende a modificar, socializándole, el régimen de la propiedad individual.

De esta definición se deduce, que como la abolición de la propiedad privada supone una revolución en todas las instituciones económicas, el Socialismo alcanza, no sólo a los medios de repartición, sino a los de producción y de cambio; pues únicamente teniendo muy en cuenta estos dos últimos se pueden conseguir resultados duraderos y realmente prácticos. Nada, en efecto, más pueril que pensar únicamente en la repartición de las riquezas como solución del problema social. Esto tendría, entre otros, dos graves inconvenientes: 1.°, que la cantidad que pudiera corresponder a cada individuo, sería insignificante; 2.°, que al cabo de muy poco tiempo todo habría vuelto a manos de unos pocos más ahorrativos, más inteligentes, más malvados o de mayor espíritu comercial. Ello sin contar las dificultades insuperables de un reparto semejante, pues, únicamente reduciendo todos los bienes a numerario, cosa imposible, podrían evitarse forzosas e inevitables injusticias. Sería preciso, pues, para que fuese viable esta idea (idea tan extendida, por otra parte, que ha llegado a ser un verdadero sentimiento popular) que nuestra sociedad actual fuese como las sociedades primitivas, donde el número de individuos era muy limitado y en las que tan sólo había una clase de riquezas, las tierras y los ganados. Y aún así no dejaría de ofrecer graves dificultades por las desigualdades inherentes a los difere-

tes lotes de tierras que se formasen, lo que obligaría a acudir a la suerte para su distribución, dando ello mismo, pese al consentimiento de los individuos, lugar a una primitiva desigualdad y descontento, cuyos amargos frutos se dejarían sentir de nuevo en seguida.

Ahora bien, una cosa es repartir las riquezas a tanto por cabeza y otra tratar de nivelarlas para evitar las atroces desigualdades que tantos males ocasionan; y no repartiéndolas, sino acumulándolas y haciéndolas producir, pero no en beneficio de unos cuantos privilegiados de la suerte, sino en provecho de todos. En este caso sí, en este caso la enorme cantidad de riquezas que poseen las sociedades civilizadas puestas a producir en bien de todos, a todos remediarían; y puesto que la desigualdad actual de riquezas no es sino el "efecto" cuya "causa" está en la *propiedad*, contra ella hay que ir ante todo. "Un sólo programa, una sola doctrina, hay, decía Jaures, que pueda libertar verdaderamente al proletariado... aquella que reconoce y proclama que el privilegio de la propiedad es el principio, el sostén de todas las servidumbres, la fuente y origen de todas las miserias".

Pero como ya he indicado, si la característica del Socialismo consiste en querer modificar el régimen de la propiedad individual, en el modo más o menos absoluto de hacerlo, es lo que diferencia unos socialistas de otros, y lo que da lugar a sus diversas variantes, de las cuales, la más extremada es el *comunismo*, que trata de abolir a toda costa la propiedad individual. Las demás se contentan con pedir limitacio-

nes al derecho de propiedad, bien en cuanto a su *objeto*. Bien en cuanto a sus *atributos*. En cuanto al objeto están, ya los cité anteriormente, los *colectivistas* que tan sólo quieren socializar los capitales y la tierra, es decir, aquellos bienes que sirven para la producción, pero que no tienen inconveniente en que queden de propiedad privada todas aquellas riquezas que no sirven inmediatamente para la satisfacción de las necesidades personales del consumo. Menos exigentes aún, los *socialistas agrarios* tan sólo reclaman la abolición de la propiedad privada, por lo que a la tierra respecta, y en algunos casos, respecto a las casas.

Los atributos de la propiedad privada contra los que suelen ir los socialistas son: la herencia, el préstamo a intereses y las empresas lucrativas. La abolición de la herencia fué defendida y sostenida por Saint-Simon. El préstamo a interés en todas sus modalidades, muy especialmente los arrendamientos de fincas, rústicas y urbanas, fué atacado por Proudhon. El provecho de las empresas lucrativas es para otros el más temible de los atributos de la propiedad y la causa esencial de las injusticias sociales por engendrar el salariado y su consecuencia inmediata *el provecho que se obtiene a costa del trabajo de los demás*. Contra él iban Fourrier, Lerroux, Luis Blanco, etc. y demás *asociacionistas*; y sus detractores actuales son los *sindicalistas* que tienden a que el *beneficio* del trabajo quede en manos de los trabajadores, y los *cooperatistas* que tratan de que el *beneficio* en la venta de

productos sea para el que los consume, no para el intermediario que los vende.

Ahora bien, puesto que hay que distribuir del acerbo común, ¿qué criterio ha de presidir esta función distributiva para qua sea justa?; tres se han puesto hasta ahora:

A cada uno, según sus necesidades.
A cada uno, según su trabajo; y
A cada uno, según su capacidad.

Cada uno de estos principios ha tenido y tiene sus defensores. El primero es el lema de la escuela *comunista*, pero no puede aprobarse sin reservas. Si los bienes económicos fuesen alguna vez tan abundantes en alguna sociedad que se pudiera tomar de ellos cuanto se necesitase sin perjudicar a los demás, podría aceptarse; más, no siendo seguro que sea así y puesto que por otra parte resulta para muchos necesario lo que para otros es superfluo, forzosamente habrá que imponer una limitación, un "racionamiento" — siquiera sea este racionamiento tan amplio, que no quede insatisfecha ninguna verdadera necesidad en cuyo caso ya no puede ser aceptado en absoluto. De todos modos habría que determinar previamente lo que se entendía por "necesidades" y en este caso quedaría el principio minado por su base, pues ya no sería "a cada uno según sus necesidades", sino a cada uno según las necesidades que se le suponen, que no es igual, sobre todo si se tiene en cuenta que para muchos — pues es cuestión de temperamento y

— hay muchas necesidades de delicadeza de espíritu que a otros parecerían superfluas.

Más justo parece el segundo principio, *a cada uno según su trabajo*, sin embargo, se presta también a difíciles determinaciones, según se interprete por trabajo el esfuerzo que *ha costado* producir una cosa o se intente medir el valor de este trabajo por el resultado obtenido con *ello*. Dentro del marxismo, que hace del trabajo el único fundamento del valor, ("La cantidad de trabajo, dice Marx en *El Capital*, tiene por medida su duración en el tiempo") es aplicable enteramente la primera interpretación; pero si en vez de considerarle como el único fundamento del capital se le considera como uno de sus elementos, siquiera sea, como es, el más importante, la cosa ya varía. Además, siempre quedará en pie la diferencia entre el trabajo intelectual y el material, diferencia que ha dado lugar al mayor escollo del comunismo al desdeñar este último, despreciando y menospreciando con ello la parte más noble y pura de la producción humana. En cuanto a la segunda interpretación, si se mide el valor del trabajo por el resultado obtenido, entonces en modo alguno se puede tener en cuenta el tiempo, puesto que la pericia, la destreza, la inteligencia y, en muchos casos, las causas exteriores e independientes de nuestra voluntad, vendrían a favorecer a unos en perjuicio de otros.

El principio de *a cada uno según su capacidad* fué sostenido por Saint-Simon. La justicia e injusticia de este principio están tan íntimamente ligadas, que

es difícil separarlas y decidirse por su aprobación o su negación. Es indudable que a mayor capacidad (aplicada esta capacidad al trabajo, naturalmente) mayor utilidad y, por tanto, mayor derecho a una superior cantidad de bienes; pero, ¿no es ya una injusticia de la propia naturaleza el haber dotado a unos tan generosa y a otros tan pobremente? Ahora bien, como en armonía con estos dotes o dones están también as necesidades de los individuos, lo lógico y lo justo sería, luego de establecer previamente *un límite a las riquezas*, establecer un principio ecléctico que permitiese repartir los bienes, como recompensa al esfuerzo de cada individuo, diciendo *a cada uno según su trabajo, rendimiento, necesidades y capacidad, dentro de ciertos límites que impidan volver a ocasionar hondas desigualdades sociales.*

En fin, tampoco están de acuerdo las diversas escuelas socialistas sobre los medios a poner en práctica para realizar su programa: Unas preconizan la *expropiación inmediata*, otras la *abolición de los derechos de sucesión*, otras pretenden llegar a la abolición de la propiedad por medio de *impuestos progresivos* y los más templados, los que no se atreven o no creen justo expropiar los capitales, tratan de *matarlos por consunción*, creando frente a los capitales y empresas particulares, otras sociales que acaban por anular, como ocurriría, bien que muy a la larga, cuando todos los individuos de una nación estuviesen afiliados a sociedades cooperativas en todas sus manifestaciones.

* * *

Antes de mencionar brevísimamente ciertas formas de socialismo cuales el Socialismo de Estado, el Socialismo cristiano, el Socialismo de cátedra, etc., voy a decir unas palabras sobre las dos grandes tendencias del Socialismo contemporáneo, la *científica* y la *revolucionaria*, que me servirá para enlazar con esta última un brevísimo resumen de la historia de esta escuela.

En efecto, el movimiento socialista sigue aún manifestando, aunque quizá con menor intensidad que hace unos años, dos tendencias: una, la representada por los que buscan, en la esfera científica, soluciones para el problema social; otra, la que apurando las consecuencias prácticas a que aspira el socialismo, tratan de llevarlas a la práctica por medios inmediatos y violentos. Aquélla constituye el *Socialismo científico*; ésta, el *revolucionario*.

Las características del socialismo científico y su filiación aparecen perfectamente expuestas en las siguientes palabras de Engels: "El conjunto de ideas que representa el socialismo moderno, es, sólo el reflejo en la inteligencia, por un lado, de la lucha de clases que existe entre los poseedores y los desposeídos, entre los burgueses y los asalariados y, por otro, de la anarquía que reina en la producción. Pero se

forma teórica aparece, desde luego, como una continuación más extensa y más lógica de los principios formulados por los grandes filósofos franceses del siglo XVIII".

Destrozado el socialismo radical con la revolución de 1848, no por ello pereció, sino que, como ya he indicado antes, se levantó con más fuerza, con nuevo vigor, dispuesto a defender su causa en todas partes, a todas horas y con cuantas armas estuviesen a su alcance. Y sus primeras y más ruidosas campañas, que sirvieron de base a todas las luchas revolucionarias y al inmenso movimiento actual, las sostuvo en el campo científico, levantándose contra la economía política para combatir la organización económica y demostrando ante todo, a las luces de la ciencia, que en ella se apoyaban sus reivindicaciones. El movimiento socialista contemporáneo ha nacido en Alemania, y allí, principalmente, ha alcanzado el desarrollo que hoy alcanza. En Kant y Hegel bebieron todos los socialistas científicos y luego en Fichte y en Feurbach; muchos nombres ilustres figuran en todos los países entre sus partidarios, pero el verdadero apóstol, tanto del socialismo científico como del revolucionario, fué Marx: del socialismo científico demostrando que la escuela socialista tenía dentro de la economía política un puesto tan justificado como cualquiera de las escuelas clásicas; del revolucionario, porque sus implacables y justas censuras contra la economía política precisamente y contra las modernas sociedades capitalistas, han sido repetidas por todos sus discí-

pulos, convencidos de que la burguesía, apropiándose de la producción, ha esclavizado al proletariado y se ha adueñado del mundo en unión de ese robo autorizado por las leyes, que se llama el comercio. "Hay hombres, decía Deville — traductor de *El Capital* y uno de los más fervientes discípulos de Marx — en la actual sociedad, a quienes obliga la miseria a trabajar y producir riqueza, para que otros más afortunados se la apropien y consuman, y este hecho encierra injusticia evidente a irritante desigualdad. El trabajo es la única fuente de producción y las riquezas deben ser para aquellos que las producen, para los trabajadores".

De modo que, convencidos los socialistas revolucionarios de que sus aspiraciones son justas, tratan de conseguir por la fuerza, seguros de que cuando se trata de transformaciones sociales apoyadas en tanto interés creado y tan radicales y violentas como las que ellos persiguen, sólo los medios violentos conducen a ellas, pues los evolutivos son demasiado lentos, cuando no ineficaces. Y como saben, además, pues la Historia se lo enseña que en todo tiempo el poder ha sido de quien se ha apoderado de la propiedad — En la antigua Roma el poder público fué unido a la propiedad quiritaria; cuando ésta pasó a las milicias indisciplinadas, éstas crearon los gobiernos cesarianos; el feudalismo, de la Edad Media fué a un tiempo propietario y gobernante y la alta nobleza que heredó al feudalismo tuvo, asimismo, el poder y la propiedad. Luego, la clase media al adquirir la pro-

piedad mediante el comercio y la industria, se ha apoderado del gobierno; — piden la abolición de ésta y el dominio de aquélla, a las que tienen derecho, pues las producen con su trabajo, seguro de que el día que lo consigan habrán conseguido automáticamente el poder.

A esto, pues, aspiran los socialistas revolucionarios y estas doctrinas y aspiraciones son el lema de las dos grandes asociaciones obreras que durante mucho tiempo influyeron, gracias a su eficaz y activa propaganda en todo el movimiento obrero universal: *La Internacional*, fundada y dirigida por Marx, y la *Alianza Universal de la Democracia Socialista*, obra de Bakounine.

La Internacional comenzó a organizarse en Londres, durante la Exposición Universal de 1862; pero la idea de darle vida había nacido en una reunión de comunistas alemanes, que tuvo también lugar en Londres, bajo la dirección de Marx y Engels, el año 1847. Entonces se redactó en varias lenguas un programa de Asociación Internacional, que contenía los principios siguientes: abolición de la propiedad privada; centralización del crédito en poder del Estado; estudio de un plan científico y general para el desarrollo del trabajo agrícola, y creación de talleres nacionales para el trabajo industrial. Con objeto de poder propagar todas estas ideas, proponía el programa la constitución de una Federación Universal, en la cual entrasen todas las Asociaciones de trabajadores y, a este fin, quedó proyectada la reunión de

un Congreso Internacional de Obreros, que debía tener lugar en Bruselas durante el año 1848. La revolución francesa y demás acontecimientos de aquel año impidieron su celebración, y ya nadie trató de resucitarlos hasta el año 1862, en que, reunidos en Londres los delegados de varios países, acordaron nombrar Comisiones de trabajadores, encargados de sostener constante correspondencia acerca de las cuestiones relacionadas con la industria internacional. Inmediatamente fueron designadas las Comisiones, arraigando el germen de la Asociación Universal, es decir, aquella semilla sembrada por Marx pocos años antes.

El 28 de Septiembre de 1864 se volvían a congregar en Londres obreros de todas las naciones, presididos por el profesor Beesley, y se acordó nombrar una Comisión encargada de redactar los estatutos de la Asociación Internacional, que serían discutidos en el Congreso Universal que habría de celebrarse al siguiente año en Bruselas. De la Asociación se apartaron Mazzini, Wolff y sus secuaces que querían una organización secreta y centralizada por los jefes, idea que combatió Marx, sosteniendo y ganando la publicidad y la descentralización; y fué redactado un manifiesto, a base de las ideas de Marx, hábil y moderadamente expuestas, tras de lo cual y lentamente por tener que luchar con graves entorpecimientos, empezó a progresar hasta que en 1866 pudo reunirse el primer Congreso general en Génova, bajo la presidencia de Jung, representante de Suiza, y con asis-

tencia de 60 delegados, franceses en su mayoría. Allí se aprobaron los estatutos redactados dos años antes y se adoptaron resoluciones llenas de moderación, rechazándose las ideas radicales.

Cuando la Internacional hizo sentir su poderosa fuerza por primera vez, fué en 1867 con motivo de una huelga de broncistas en París, donde los industriales despidieron a 5,000 obreros que habían pedido aumento de sueldo, creyendo que el hambre los volvería incondicionalmente al trabajo. Ayudados los huelguistas por el Consejo de Londres, viéronse obligados los industriales a ceder, alcanzando el triunfo de los obreros inusitada resonancia. Las asociaciones obreras internacionales de avance y ayuda mutua no eran una entelequia, sino realidades y realidades firmes y poderosas. El primer paso estaba dado por la senda segura y ya no se retrocedería.

Nuevo triunfo se conseguía poco después, cuando al verse los industriales ingleses amenazados por la huelga, llamaron, para conjurarla, a obreros belgas y alemanes que, a presión de la Internacional, se reintegraron de nuevo a sus respectivos países, para lo cual se les pagó el viaje de regreso, mas importantes gratificaciones. Y una vez terminada la contienda entre Prusia y Austria, creció como la espuma esta Asociación no sólo en los Estados alemanes, sino en Suiza, Italia y España y con la ayuda de gran número de periódicos que se pusieron a su servicio.

El segundo Congreso general internacional se celebró en Lausana, en Septiembre de 1867. Pero ya

los éxitos y la seguridad de la fuerza que entrañaban había levantado el espíritu de la Asociación y se manifestaron tendencias vigorosamente radicales y revolucionarias, opinando en contra del parecer de Marx la competencia de la Asociación en las cuestiones políticas y fiando las mayores esperanzas en la revolución. Entonces se produjo una reacción violenta por parte de los Gobiernos de diferentes países que empezaron a perseguir a los individuos que formaban la Asociación y a la Asociación misma.

En estas condiciones de desesperanzas y audacias de parte de los obreros y de temores, alarmas y persecuciones de parte de los Gobiernos, se celebró el tercer Congreso en Bruselas, en Septiembre de 1868. Las sesiones de este Congreso fueron ya borrascosas y el socialismo en sus formas más radicales y atentatorias contra la propiedad tuvo allí férvidas manifestaciones y entusiasta acogida; era la liberación. Creció con la exaltación el entusiasmo por la Internacional, cada vez fué mayor el número de sus afiliados, se celebraron bajo su protección numerosas huelgas y hasta vieron la luz, animados por aquel fuego sagrado, nuevos periódicos, muy especialmente en Alemania y Bélgica.

El cuarto Congreso se celebró en Basilea, en Septiembre de 1869, acentuándose en él notablemente las ideas *colectivistas*. A este Congreso acudió Bakounine. La importancia de la Internacional crecía por días y no ya en Europa, sino en América; se crearon nuevos periódicos socialistas en todos sus matices

se protestó contra la guerra franco-alemana; sus partidarios tomaron activa parte en la revolución del 18 de Marzo, etc., etc.

El año 1871 no se pudo celebrar Congreso y fué sustituído por una Conferencia de delegados, que se reunió en Londres el 27 de Septiembre. Y ya entonces surgieron en su seno gravísimas desidencias, que amenazaron la autoridad de Marx, hasta entonces suprema e inapelable, debilitada por los ataques de Bakounine y de los más exaltados (anarquistas) que querían la egemonía del pensador ruso.

El quinto Congreso se celebró en el Haya en Septiembre de 1872 y en él, con pretexto de los poderes otorgados al Consejo general, disputaron violentísimamente los representantes de las dos tendencias. Bakounine y los suyos acusaron a Marx de haber hecho uso abusivo de ellos y de haberse excedido en sus atribuciones, por lo cual se separaron de la Asociación para formar otra. Marx, defendió la suya, y trasladó el Consejo a los Estados Unidos. Y allí murió, puede decirse. La primera Internacional, pues los Congresos de Génova de 1873, tanto el celebrado por Marx, como el que reunieron los que seguían a Bakounine, carecieron de importancia.

Pero no por esto fracasó la idea que había impulsado a la formación de la Internacional; lo que hicieron los socialistas de las diversas naciones fué contraerse en sí mismos y reunir a sus obreros en movimientos adecuados a sus particulares condiciones. De modo que una porción de agrupaciones socialistas —

tradeuniones, sociedades cooperativas, etc., — han seguido celebrando Asambleas internacionales, y, pasando el tiempo, ha vuelto a nacer La Internacional.

El primer Congreso de la Nueva Internacional se celebró en París en 1889, con asistencia de 400 delegados de diversas asociaciones obreras. En 1891 se celebró en Bruselas el segundo y en 1893 en Zurich el tercero. En este Congreso fueron expulsados materialmente los anarquistas y desde entonces el movimiento socialista internacional se viene inclinando a la conquista de sus aspiraciones, no por medios violentos, sino por la revolución evolutiva como consecuencia de la acción política. Actualmente se reúne esta Nueva Internacional una vez cada tres años y a ella acuden representantes de todas las naciones. En el intervalo de los Congresos, la Oficina Internacional que tiene su sede en Bruselas, administra y resuelve los asuntos comunes. Y la tendencia y labor de estos Congresos, especialmente de los celebrados en los diez últimos años en Amsterdam, Stutgart y Copenhague ha sido la siguiente: Condenación del militarismo, proponiéndose en su lugar, la fundación de un ejército cívico; condenación del imperialismo y de la avaricia en el desarrollo colonial que no es sino la codicia del capitalismo a buscar como sea y donde sea, nuevos mercados aún a costa de la explotación de las razas más débiles; condenación de las guerras que no son movidas, alentadas y encendidas sino por las rivalidades capitalistas; política de cooperación entre entidades socialistas y tradeunionistas, visando a

mo meta final, al socialismo; fijación de bases que deben presidir las emigraciones e inmigraciones de obreros, para evitar exceso de brazos en una determinada nación con baja, forzosa, de los salarios; aprobación de un proyecto de código internacional, discusión y aceptación de las medidas necesarias para acabar con el paro obrero y, en fin, se ha acordado la unidad socialista de los diversos países.

El movimiento e importancia del Socialismo ha ido en aumento incesante en todos los países. En Francia en 1893 los Socialistas obtenían 600.000 votos en las elecciones, en 1910, 1.400.000 y hoy la proporción de diputados socialistas es infinitamente mayor. La misma trayectoria ha seguido Alemania y en mucho mayor proporción (352.000 en 1874, en 1907, 3.258.968 y hoy mucho más) y otro tanto ha ocurrido en las demás naciones. En cuanto a España, ahí está el ejemplo reciente en que en las Cortes Constituyentes habrá una aplastante mayoría socialista.

En España, los problemas sociales no han tenido hasta ahora carácter propio. Todo cuanto a doctrinas sociales se refiere ha sido importado de los sistemas extranjero y, en armonía con el carácter español, y a los mayores entusiasmos y a los más rápidos éxitos, han seguido los mayores desalientos y desilusiones. Nuestra propia vehemencia nos ha llevado a aceptar con ardor enorme y a extremar hasta sus límites, las tendencias más varias, pero el efecto ha sido siempre poco duradero y los resultados escasos. Actualmente, todo el que ha tenido ojos ha podido ver cómo una

nación entera que antes aclamaba estúpidamente a un rey casi absoluto y anticonstitucional, se ha vuelto de pronto "rabiosamente republicana y como los sindicalistas impacientes se salen de madre provocando huelgas y más huelgas sin unión y casi sin finalidad (luego no hay fin donde no hay principio ni nada hay más peligroso en las cuestiones sociales que lanzarse sin haber escogido el momento, y sin tener la seguridad absoluta de vencer, pues, así como los avances son lentos, los retrocesos muy grandes, y cómo, mientras los extremistas se lanzan por grupos insignificantes a las mayores y más inútiles audacias, el resto de la nación, la enorme mayoría, tanto de republicanos improvisados, como de los que siguen con el lema de "dios, patria—entiéndase por patria su fortuna, su vientre— y rey", abominan contra los credos libertadores (sin saber lo que son, en qué consisten, cómo a ellos mismos les podría beneficiar, aunque no fuesen obreros manuales) por pura ignorancia.

La mecanización de la industria en España empezó después de 1830. Las primeras fábricas, en el sentido que hoy se concede a esta palabra, que fueron las de Bonaplata en Barcelona y la de Dollfus en Madrid, se establecieron a base de verdadero privilegio y fueron combatidas por los demás fabricantes, pues empleaban gran número de obreros, compraban al por mayor, concedían largo plazo para el pago de sus mercancías, etc., aunque técnicamente no se diferenciaban aún sensiblemente de las industrias artesanas. La fábrica de Bonoplata introductora de

las máquinas de vapor, fué quemada por las turbas el 6 de Agosto de 1855, fecha interesante porque demuestra que ya había un espíritu latente, aunque no definido aún, de solidaridad obrera.

La primera organización de trabajadores, la *Sociedad de Tejedores de Cataluña* (1841) fué disuelta apenas formada, en el año 1842, para ser reconocida a poco y de nuevo disuelta definitivamente al año siguiente.

La revolución francesa de 1848 tuvo una gran repercusión en España y con ella recorrió este país un vivo impulso en que el republicanismo y el socialismo, iban confundidos cual en la misma Francia ocurría. Por entonces aparecieron los primeros periódicos de propaganda obrerista (la *Reforma Económica, la Asociación* y la *Fraternidad*), pero los acontecimientos políticos tenían tal actualidad y fuerza, que absorbían todas las restantes manifestaciones que hubieran podido atraer a las masas.

En 1854 y 1855 hubob dos conflictos de importancia. El primero lo provocó la introducción de las máquinas *selfacting* y el segundo cierto bando del Capitán General de Cataluña, Zapatero, que hizo que los obreros abandonasen las fábricas y que costó sangre. La huelga que duró una semana fué la primer huelga general de España. Al grito de *Asociación o muerte* plasmado en cartelones al frente de las ba-

crucadas, lucharon los obreros por un derecho que entonces se les negaba.

La más importante de las agrupaciones obreras que existió en España durante el siglo XIX fué la titulada *Las tres clases de vapor* (tejedores, hiladores y apestadores) que se constituyó en Barcelona 1869. Al año siguiente hacía la Internacional su aparición en la Península, es decir cinco años después de constituída la primera *Asociación internacional de trabajadores*.

En 1868 llegaba a España un diputado italiano, José Farinelli, amigo personal de Bakounine y delegado de la Alianza democrático-socialista de Ginebra. Sus intenciones eran organizar las fuerzas obreras españolas e incorporarlas a la naciente sociedad internacional. Farinelli creó en Madrid un primer grupo de internacionalistas integrado por 21 miembros. Luego organizó otro en Barcelona. Estos dos núcleos hicieron rápida y eficaz propaganda y pudieron reunir en 1870 el primer Congreso obrero español, de donde salió la *Federación Internacional de los Trabajadores* cuyo consejo directivo vino a residir a Madrid. Al año siguiente, una sección de esta Federación volvió a reunirse en Valencia, mantuvo relaciones con Bakounine y se adhirió a la Alianza de la democracia socialista. De modo que la incorporación de España a la Internacional se hizo a través del prisma anarquista, puesto que ya, cuando vino Farinelli, la di-

vergencia entre Marx y Bakounine era inevitable. De modo que, aunque Marx para contrarrestar la propaganda de aquél, envió a su propio yerno, Pablo Lafargue, la simiente de Bakounine sembrada por Farinelli ya había echado raíces y cuando en el Congreso de la Haya de 1872 se produjo la ruptura entre aquellos jefes, la escisión se reflejó inmediatamente en la sección española y estalló en el Congreso de Zaragoza del mismo año. La mayor parte de los afiliados, es decir los de las secciones catalana y andaluza, se inclinaron del lado anarquista, o sea, del de Bakounine y con Farga Pellicer por adalid, tomaron el nombre de colectivistas; y la minoría que se llamó grupo de autoritarios, disciplinada por Pablo Lafargue, se puso al lado de Marx, es decir del socialismo. En 1873, la Internacional era objeto de una viva y empeñada labor en la Corte que acabó por decretar su disolución y que sus miembros fuesen perseguidos por la policía.

Quedó, no obstante, un sedimento anarquista que se manifestó años más tarde en la *Mano negra* de Andalucía, sedimento que se manchó con una porción de crímenes inútiles, y con otro movimiento menos brutal y mejor organizado que tuvo como asiento Barcelona.

El sector socialista tuvo, como es lógico, más fortuna. El 2 de Mayo de 1879 se constituía por vez primera el partido socialista español con veinticinco afiliados: veinte trabajadores manuales y cinco tra-

bajadores intelectuales (1). Estos eran Jaime y Vicente Vera, Joaquín Campa, Gonzalo Zubiarre y Alejandro Ocina. Entre aquellos, destacábanse Pablo Iglesias, Antonio García Quejido y Matías Gómez Latorre. Pronto la jefatura fué para Pablo Iglesias y pronto también y a causa de la injusta repugnancia que los trabajadores manuales empezaron a sentir por los intelectuales (¿Pero a qué, sino a su mayor inteligencia y estudio se debía la preponderancia de Iglesias, García Quejido y Gómez Latorre? ¿Qué, sino su aproximación a las esferas *intelectuales* es lo que hace sobresalir a los obreros que rebasan el nivel medio de sus compañeros y qué, sino el convencimiento de su superioridad por ello mismo, es lo que hace que sus camaradas los tomen por guías?) tuvieron que apartarse Jaime Vera y sus amigos.

El primer Congreso socialista nacional se celebró en 1888. Desde entonces se han celebrado doce.

(1) Escribo con toda intención **trabajadores intelectuales** porque uno de los errores y máculas del Socialismo es no considerar como **trabajadores** sino a los que empuñan una herramienta. Pero ¿es que la pluma y los libros no son en unas manos generosas y honradas las más útiles y nobles de las herramientas de trabajo? De Platón a Marx y de Marx a nuestros días, que no olviden los obreros manuales a cuantos obreros de la inteligencia lo dieron todo por sus ideales; y que no olviden tampoco, que de dos mil hombres que trabajan en una mina, ni uno bajaría a las entrañas de la tierra si arriba otro, un trabajador intelectual, un ingeniero, no velase por ellos. Justicia, pues, para cuantos la merezcan.

VARIEDADES DEL SOCIALISMO

Socialismo agrario.—Tendencia que trata de resolver la cuestión social mediante medidas relativas exclusivamente a la propiedad de la tierra. El apóstol de esta tendencia es Henry George, que en sus libros *Progreso y miseria* y *Problemas sociales* cree haber encontrado la solución del problema social en la *nacionalización* del suelo.

Socialismo de Estado.—Llámase así a la tendencia puesta en práctica por los Estados capitalistas para tratar de contener el avance de las reivindicaciones socialistas mediante concesiones favorables a las clases trabajadoras (retiros obreros, leyes protectoras del trabajo de las mujeres y niños, etcétera, etcétera). Es una especie de dique (a la fuerza ahorcan) opuesto por la política burguesa para tratar de contener el avance arrollador del socialismo.

Socialismo de Cátedra.—Tendencia—ya decadente—sostenida y defendida por eminentes profesores y economistas universitarios que, influídos por Rodbertus, reclamaban en nombre de la justicia, la intervención activa y constante del Estado en el orden económico, en defensa de los trabajadores. Aceptaban la crítica de la economía política clásica de Marx, el principio de cooperación de Lassalle y algunos llegaban hasta querer hacer colectiva la propiedad.

Socialismo cristiano.—Tendencia que, reconociendo la existencia del problema social, pretende resolverla mediante un Estado monárquico protestante y

mediante reformas que mejoren la situación de las clases obreras y sirvan para llegar a la igualdad por medio de la asociación.

Socialismo católico.—Tendencia que basándose en la analogía que, según sus partidarios, existe entre las doctrinas cristianas y las doctrinas socialistas, trata de resolver los problemas sociales pacíficamente mediante la cooperación y la organización del trabajo. El padre de esta tendencia fué el teólogo Dolling que en el Congreso de sabios celebrado en Munich en 1863 sostuvo la necesidad de que las Asociaciones católicas abordasen la cuestión social. Su apóstol fué el obispo alemán Ketteler (*La cuestión obrera y el cristianismo*, Maguncia, 1867). Su sancionador oficial León XIII con la Encíclica *Rerum Novarum.*

Socialismo conservador.—Tendencia ya casi histórica que, admitiendo la existencia de la cuestión social y la necesidad de resolverla con urgencia, sostenía que el origen de esta cuestión era la angustiosa situación que atravesaban las clases obreras y que su solución dependía exclusivamente del Estado, que debía de llegar a ella restaurando las antiguas Corporaciones, según proclamaba Rodbertus, y mediante la cooperación, preconizada por Lassalle. El punto más retrógrado de etsa tendencia está representado por Gerlach y su verdadero defensor durante mucho tiempo fué Bismarck.

COLECTIVISMO

El Colectivismo es un *movimiento que tiende a socializar los* UTILES DEL TRABAJO *para hacer común la producción, pero dejando en libertad el* CONSUMO; *o sea, a sustituir el capital privado por el colectivo con objeto de modificar y socializar tanto el capital, como la producción y el trabajo.*

Como se ve por la definición, se diferencia del Socialismo (y por lo mismo y mucho más del Comunismo) en que no atenta contra la propiedad individual sino en lo que concierne a los *instrumentos de producción*, pues los *productos*, los beneficios del trabajo, no solamente los considera y respeta como de propiedad privada, sino que tiende a hacer ésta más sólida siempre que proceda o tenga por base el trabajo personal.

El Colectivismo tiende a producir un cambio completo en los medios de producción empezando por derribar el *capitalismo*, lo que desde luego produciría inmediatamente las siguientes ventajas: Desaparición de los beneficios personales que los capitalistas se guardan y que en el Colectivismo quedarían repar-

dos entre los trabajadores, ya que éstos recibirían el producto íntegro de su trabajo; desaparición de los holgazanes y parásitos pues, siendo la producción la razón del consumo, no consumiría, es decir, no comería, el que no trabajase, y comería y tendría menos el que trabajase menos y peor; desaparición de muchos intermediarios, verdaderos parásitos también, que disminuyen el beneficio de los que producen, bien directamente mermándoselo, bien indirectamente haciendo subir el precio de los productos. En fin, evitaría los despilfarros de que es víctima la industria actual.

Es más, el Colectivismo no pretende socializar y hacer comunes ni tan siquiera todos los bienes que afectan a la producción, sino *únicamente los que son explotados colectivamente, es decir, mediante obreros asalariados*. De modo que las tierras que cultiva el labriego, la barca y las redes del pescador y los útiles de trabajo del artesano o del industrial en pequeño, quedarían de propiedad individual. El Colectivismo va y quiera *socializar* el capital, las tierras no cultivadas por los brazos de sus dueños sino por brazos asalariados y las industrias en que el trabajo es hecho, asimismo, por asalariados. Breve, trata simplemente: 1.º de que los beneficios del trabajo vayan a manos de quienes los producen, es decir, de los que trabajan; 2.º de mejorar la producción y esto no tan sólo por el mayor interés del obrero en el trabajo que sabe debidamente remunerado, sino por la supresión de intermediarios, mermas y despilfarros.

"La producción colectivista, dice Schaffle, supo-

mirá la actual concurrencia, colocando la parte de la producción que puede realizarse colectivamente, socialmente, cooperativamente, bajo la dirección de los organismos profesionales y procediendo, bajo esta misma dirección, a la distribución de los productos que tendrán carácter social. Esta distribución se hará proporcionalmente al trabajo de cada cual... No habrá negocios, ni empresas particulares, sino trabajo colectivo, organizado en establecimientos dedicados a la producción y al cambio, socialmente organizados con el capital colectivo. Quedarían abolidas las ganancias de los capitalistas y los salarios de los obreros... Los trabajadores recibirán emolumentos en razón a su trabajo... Así será la esencia de la organización social del trabajo opuesta a la concurrencia anárquica actual que, según los socialistas, en lugar de realizar una función social, unificada y consciente de la producción y de la circulación de las riquezas, no es más que una lucha para alcanzar mayores bienes."

Y por la palabra *socializar* no se entienda *poner todo en manos del Estado*, es decir, que el Estado administre, explote y dirija todas las industrias como ahora hacen algunos respecto a los tabacos, ferrocarriles, etc. El que vaya todo de primera a manos del Estado no es sino una forma necesaria de transición, forma momentánea mientras se llega a su lenta desaparición y transformación en una institución puramente económica semejante a los consejos de administración de las Federaciones cooperativas.

El Colectivismo no deja de tener, como todas las

variedades del socialismo, un fundamento racional y científico. Antes, si la propiedad era individual, se debía a que la producción también lo era. Pero hoy y a consecuencia del enorme desarrollo de la industria, del comercio y de la gran propiedad, es decir, por la ley de concentración de las grandes empresas, la producción individual tiende a ser absorbida por la producción colectiva. Mas como por otra parte el reparto en vez de hacerse por el mismo orden, sigue fundamentándose sobre la propiedad individual, resulta una antinomia, una desigualdad y desproporción entre producción y reparto, desproporción que abre entre ellas un abismo cada vez más profundo en cuyo abismo acabará por hundirse el capitalismo.

Los primeros que establecieron la distinción entre los instrumentos de producción y los objetos de consumo: que es lo que constituye la característica del Colectivismo, fueron Pecquer (1838) y Vidal (1846): los primeros colectivistas propiamente dichos, los discípulos de Saint-Simón. El *Manifiesto comunista* de Marx y Engels, hizo del Colectivismo, por primera vez, una doctrina de combate; y este *Manifiesto* y *El Capital* (verdadero manantial y fundamento de todas las tendencias socialistas) facilitaron al Colectivismo los medios y armas de que se ha servido para combatir sin tregua la organización de la sociedad capitalista actual. Posteriormente, las principales manifestaciones colectivistas han sido: el Congreso de Lyon de 1878 en el que los redactores de *L'Egalité*, periódico colectivista dirigido por Jules

Guesde, presentaron proposiciones abiertamente orientadas en su tendencia, relativas a la producción colectiva del suelo y de los instrumentos de trabajo; y el intento de celebrar un nuevo Congreso aquel mismo año, Congreso que prohibió la policía y que, al haber intentado Guesde y sus compañeros celebrarle no obstante ,ocasionó el encarcelamiento de éste. Luego, cuando del Congreso de Marsella de 1879 salió hecho un sólido bloque el partido socialista obrero, el colectivismo ha sido una de las tendencias sociales que, sin perder su personalidad ni ceder en sus aspiraciones ha robustecido desde entonces, en términos generales, las filas del socialismo.

En cuanto a su nombre, la primera vez que se dejó oír la palabra *colectivismo*, fué en el Congreso de la Paz y de la Libertad, celebrado en 1868. Se discutía una proposición presentada por Bakounine, Reclus, Jaciar, Wiroubof y otros sobre el tema, *la revelación de las clases obreras*. La lucha amenazaba ser viva y empeñada y Bakounine, para atajarla, pues los enemigos del comunismo en el Congreso eran muchos e importantes, pronunció estas palabras: "Soy *colectivista*, y no comunista, y si pido la supresión de la herencia, es para llegar rápidamente a la igualdad social". Desde entonces existieron *colectivistas*.

Tal es, en síntesis, lo más esencial y característico de esta modalidad socialista que tiene como fin la *socialización progresiva de los instrumentos de producción*, y como medio, *la lucha de clases*, es decir la lucha entre trabajadores y capitalistas, entre obreros y burgueses.

SINDICALISMO

El Sindicalismo es un movimiento exclusivamente obrero que tiende a unir a cuantos tienen el mismo oficio, buscan los mismos fines y defienden comunes intereses e ideas, para conseguir sus propósitos, si preciso es, por medio de la ACCION DIRECTA.

En esta definición van condensados, esencialmente, los caracteres del sindicalismo: 1.° ser, desde luego, un *movimiento* más bien que una *doctrina*; 2.° ser una forma de asociación *exclusivamente obrera*, y 3.° reconocer como perfectamente legítima, a falta de otros medios, *la acción directa*, para el logro de sus fines.

En un principio el sindicalismo fué para Francia (donde nació), lo que el *trade-unionismo* para Inglaterra; es decir, puras y simples agrupaciones de obreros, por oficios, para la mejora de su condición e intereses. Pero pronto se dividieron en dos tendencias que aunque van a alcanzar el mismo fin, es por medios y caminos diferentes: la *revolucionaria* y la *reformista*.

El sindicalismo revolucionario tiene su germen en las doctrinas de Proudhon, es decir que su filiación es anarquista. Por ello no es de extrañar que con el

anarquismo—con el anarquismo militante, claro está,— coincida en su odio al Estado y en sus métodos de acción. En cambio, difiere de él en su rabia a los intelectuales, a los que excluye de sus filas sistemáticamente, mientras que el verdadero anarquismo es una doctrina puramente ideológica y política cuyos paladines son siempre hombres extraordinariamente cultos e ilustrados. De Proudhon recibió el sindicalismo sus virtudes combatientes, pero el impulso que le ha hecho fuerte, le viene de Marx quien, al hacer resaltar el predominio de los fenómenos económicos sobre los políticos y al incitar a los proletarios de todos los países a unirse, los lanzó hacia los sindicatos.

El sindicato es, en efecto, donde el sindicalismo ha encontrado y encarnado la base de sus sistemas; y esto precisamente, porque el sindicato es, tanto por definición cuanto por su modo legal de constituirse, una asociación profesional que no puede admitir otros trabajadores que los de su mismo oficio. Es decir que excluye, en absoluto, de su seno, a toda clase de elementos burgueses. Los sindicatos se agrupan en Federaciones, llamadas Bolsas de Trabajo, y todas estas Bolsas o Federaciones de sindicatos, forman la Confederación general de sindicatos (la célebre C. G. T.) que es quien dirige el movimiento sindical.

Además de Proundhon y de Marx, el sindicalismo debe cuanto es (pese a su odio injusto a los *intelectuales*) a unos cuantos hombres ilustres en el campo de las ciencias económicas y políticas, de los cuales unos militan en el campo anarquista como Stirner, Re-

clus, Bakounine y Kropotkine, y otros al margen de él como Grave, Poucet, Griffuelhes, Pelloutier y sobre todo, Sorel y su discípulo Beth.

El *sindicalismo revolucionario* actual tiene dos tendencias a su vez: la *comunista* y la *anarquista*. Una y otra están de acuerdo, en suprimir violentamente el régimen existente, pero, mientras la primera se propone reemplazar la *anarquía capitalista* por la dictadura del proletariado haciendo comunes los intereses de la producción y del cambio, bajo la inspección de un Estado centralizador; la segunda, siguiendo fieles a la divisa de Blanqui: *Ni Dios ni Amo*, llegan a extremos aún más radicales. Mas si difieren en cuanto a su fin, están, por el contrario, de acuerdo en los medios adecuados para realizarle. Y esta realización no les parece posible, como ya he indicado, sino por el empleo de la *acción directa;* expresión que no entraña forzosamente la violencia, (bien que suela conducir generalmente a ella), sino que simplemente indica la necesidad de obrar directamente, de una manera autónoma, sin ayuda de elementos extraños y sin intervención política.

¿Cuáles son estos medios de *acción directa* que el sindicalismo cree que debe usar? Cuatro: el *label*, el *boycotage*, el *sabotage* y la *huelga*.

El *label* es un medio pacífico. Es la marca sindicalista que recomendará el producto a los trabajadores y consumidores, incitando a los compañeros de lucha a adquirirle con preferencia o exclusión de otros productos similares.

El *boycotage* tomó su nombre y procedimiento de cierto capitán irlandés, Boicott, cuya conducta respecto a los tripulantes de su buque llegó a ser tan intolerable, que fué terrible y formalmente puesto en entredicho. El boycotage consiste, pues, en negarse a trabajar con un patrón determinado; o en aislar a los obreros traidores a la causa, impidiendo que se les dé trabajo.

El *sabotage*, que tan mala reputación goza entre la gente, se ejerce violentando o perjudicando la producción, a los útiles de trabajo, o a los compañeros no huelguistas, con objeto de conseguir un fin determinado.

La *huelga* no hace falta definirla; todo el mundo sabe lo que es y en qué consiste; también sabe todo el mundo que es uno de los medios de lucha más eficaces de la clase obrera y que cuando llegue la hora de la Revolución será por medio de la *huelga general* como se realice. Pues en verdad, no habrá sino dejar de trabajar para demostrar a la clase capitalista que no le queda sino ceder o morir, y por la huelga se manifestará, como decía Mirabeau, el poder inmenso "del pueblo que, para llegar a ser formidable, no tiene sino permanecer quieto".

En fin, la intransigencia del sindicalismo revolucionario es absoluta en todo lo que se refiere a colaborar con los patronos y con los Gobiernos, en soportar los impuestos sobre el salario y en lo que afecta al militarismo.

A este sindacalismo revolucionario que persigue la

transformación total de la sociedad por medio de la acción directa y violenta en absoluto, las bases, derechos y poderes en que hoy se fundamenta, se opone el *sindicalismo reformista* que, si bien trata también de suprimir el capitalismo y de sustituir el salario por un régimen comunista o colectivista, es mediante etapas progresivas y pacíficas. Es decir, que así como el sindicalismo revolucionario ha extraído su savia del anarquismo, el sindicalismo reformista, lo ha hecho del socialismo.

Pero ambos métodos no son por ello contradictorios, sino que se completan; pues se pueden emplear procedimientos revolucionarios para conseguir un fin reformista (como por ejemplo romper máquinas y saquear una oficina para conseguir un aumento de salarios), o emplear métodos reformistas para alcanzar fines revolucionarios (por ejemplo, obtener leyes que modifiquen el régimen de sucesión y las prerrogativas de la propiedad).

Mucho entra en la filación de los individuos a una de estas dos tendencias, su edad, temperamento y hasta la ambición individual. Así en los países de calma, orden y organización como Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, predomina el sindicalismo reformista, y en los países de raza latina, más impulsiva e impaciente el revolucionario.

En cuanto a los métodos de acción, el sindicalismo reformista es abiertamente adversario del sabotage. "Prefiero el label al sabotage, decía Fournière, gran teórico que había sido obrero, los contratos colectivos

a la huelga general, las leyes obreras utilizadas y servidas por los trabajadores a la acción directa, la internalización legal del derecho obrero, al antipatrotismo." No niegan, tampoco, a pactar con los patronos, pues admiten que para bien combatir, lo primero es conocer las intenciones del adversario; es más, hasta admiten cierta colaboración entre la clase obrera y patronal, sin abdicar, por ello, de su ideal revolucionario. Igualmente admiten las comisiones mixtas en las que patronos y obreros, discuten en común sus asuntos; y el arbitraje, pero a condición de que su aceptación sea facultativa, pues el obligatorio le rechazan de plano.

El sindicalismo, es decir la necesidad de que los trabajadores se agrupen y constituyan sociedades para la defensa de sus intereses, responde a necesidades tan imperiosas, que los vestigios de agrupaciones profesionales se encuentran hasta en los tiempos más antiguos. Pero hasta la segunda mitad del siglo XIX no se erigió en doctrina autónoma ni manifestó su actividad constructiva y destructiva en la vida económica de las naciones. Y su punto de partida fué la ley de 25 de Mayo de 1864 mediante la cual Napoleón III concedió al proletariado el derecho de coliación.

En el primer período, el sindicalismo limitó su acción a la defensa de los intereses corporativos. No obstante y después de la Commune, una ley del 15 de Marzo de 1872, castigaba con multa y prisión el afiliarse a *La Asociación Internacional de Trabajadores*. Luego y pese a esto, la idea fué creciendo y se ele-

braron los congresos de sindicatos obreros de 1876 (París), 1878 (Lyon) y el de Marsella de 1879 que consagró el triunfo de las ideas políticas del sindicalismo. En 1880 hubo un nuevo congreso sindical en el Havre y en los posteriores, hasta llegar a los de Marsella (1892), París (1893) y Nantes (1894), cada Congreso de la Federación Nacional de Bolsas del Trabajo marcaba una victoria para el extremismo sindical yla huelga general era precon zada por los caudillos más brillantes.

El Congreso de Limoges de 1895 en el que estuvieron representadas veintiocho federaciones, dieciocho Bolsas del Trabajo, y ciento veintiseis sindicatos aislados, las Federaciones de oficios, las Federaciones de industrias y las Bolsas del Trabajo, decidió la creación de un organ smo único *La Confederación General* preconizar las soluciones más revolucionarias, hacer

De 1906 a 1914 el sindicalismo francés ha evolucionado sobre las báses del siguiente programa: la C. G. T. que le encarna ha levantado su voz en todos los acontecimientos políticos o económicos del país narap recon zar las soluciones más revolucionarias, hacer la apología de la huelga general, del sabotage y del antimilitarismo.

Llega la Guerra Europea. Jaurés es asesinado y los sindicatos se ponen al lado del Gobierno. Por un momento parece que el antimilitarismo y el internacionalismo han muerto pero renace otra vez poco a poco. Los extremistas del a C. G. T. que un momento han ahogado sus principios vuelven a ponerse en contacto

con sindicalistas extranjeros. Merrheim emprende un viaje audaz a Zimmerwald en donde se encuentra con Lenin, muchos socialistas rusos y notables representantes del sindicalismo alemán y todos se pronuncian contra la guerra. Luego fué la propaganda en los ejércitos. El pacifismo—derrotismo como fué llamado— hizo su aparición en las trincheras. Poco después estallaban huelgas importantísimas. La instauración en 1917 de un ministerio cuyo programa era la continuación de la lucha a todo trance, agrava las cosas y la C. G. T. acentúa cada vez más su oposición al Gobierno.

El armisticio llega; poco después Wilson; entonces *La Comisión administrativa de la C. G. T.* reunida *el 30 de Diciembre de 1918, renueva una vez más su adhesión a los principios de paz contenidos en los 14 puntos fijados por el Presidente norteamericano. E invita a los trabajadores de Francia a manifestar infatigablemente su firme voluntad de hacer triunfar estos principios sin los cuales el porvenir del mundo no podrá ser garantizado por una paz justa y duradera.*

El Gobierno accede a colaborar con los sindicatos en la obra de la paz pero pronto esta colaboración queda rota. Luego viene la jornada sangrienta del 1.º de Mayo de 1919. Luego huelgas y más huelgas. La situación cada vez es más tirante entre el Gobierno y la C. G. T. y al fin ésta es disuelta. Con ello se producen escisiones que dan lugar a la C. S. R.

frente a la C. G. T. que se rehace de nuevo. En 1922 se forma C. G. T. U. Hoy, en fin, se manifiestan nuevas tendencias de unión.

VARIEDADES DEL SINDICALISMO

Sindicalismo Cristiano.—Este sindicalismo se ha formado al calor de la Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII en la cual esta papa al condenar los excesos del socialismo había precisado con toda claridad los deberes sociales de los católicos y la necesidad que había de cooperar para el mejoramiento de la condición de los trabajadores. Al calor de esta encíclica, de las doctrinas de la escuela social católica de Le Play, al de las obras del Conde de Mun y de M. de Las Cazes, se debe a la *Confederación General de Trabajadores Católicos* que se propone mejorar la condición de los trabajadores a base de suaves procedimientos de acción, condenando el sabotage, boycottage y otros procedimientos de acción directa y no aceptando la huelga sino con grandes reservas. En cambio, es favorable a la formación de comisiones mixtas entre patronos y obreros que prevengan los conflictos y al uso de los arbitrajes que los resuelvan una vez estallados. Gusta, también, de la elaboración de contratos colectivos y aconseja la intervención de los consumidores reunidos en ligas de compradores, que no deben conceder su clientela sino a casas que ofrezcan todas las garantías apetecibles de *moralidad social.*

Sindicalismo de los técnicos.—Es debido este sindi-

calismo, aún más que el cristiano, a los años de posguerra. Su apóstol ha sido el príncipe de la industria alemán, Walther Rathenau. Su programa es producir sin multiplicar demasiado los tipos de fabricación y en sentido a halagar el gusto de la clientela. Para ello es preciso que los técnicos, capitalistas y obreros, se unan, poniendo fin a los conflictos que en su futura organización serán obligatoriamente resueltos mediante arbitrajes.

Unión Sindical de los Técnicos de la Industria, Comercio y Agricultura.—Esta Unión, es decir su doctrina, presenta muchos puntos comunes con la de Rathenau. Se propone *organizar entre el mayor número posible de colectividades representativas de las diferentes profesiones intelectuales, liberales y técnicas, una acción común, para todo lo que concierne a la protección y defensa de sus intereses y de los derechos generales de dichas profesiones así como sobre el papel de los trabajadores intelectuales en la nación; bien entendido que cada colectividad conserva de modo más absoluto su personalidad propia, así como su entera autonomía y la elección de sus medios de acción, en cuanto concierne a sus intereses particulares.* Estos medios de acción son amplios e incluso aceptan la huelga siempre que no se salgan del terreno de la legalidad.

En fin, aunque sólo sea mencionarlos, diré que se existen los sindicatos amarillos, los femeninos y los mixtos.

COMUNISMO

De todas las tendencias socialistas, ninguna tan antigua ni de tan ilustre abolengo como el Comunismo; ninguna tan dulce y tan hermosa como ella y sin embargo, ninguna, tampoco, más injustamente desacreditada en la actualidad. En este ambiente de ignorancia y de miseria espiritual que llena el mundo, decir hoy comunismo, viene a ser como era decir hace un siglo *liberalismo*, luego, *republicanismo* y algo más tarde, socialismo. La condenación que pesó sobre el *liberal* primero, después sobre el *republicanote* y aún hace poco sobre el *socialista*, cae hoy de lleno sobre el *comunista* y la gente, con ese espíritu gregario que infunde la ignorancia, condenan y abominan una doctrina que no conocen y a la que se aferrarían como tabla de salvación si supieran la justicia que anima y alienta en su causa y lo mucho que de ella deben esperar. Mas, ¿qué tiene de particular que así ocurra si desde la instauración de la República soviética una prensa al servicio del capitalismo — recuérdese a quién pertenecen los principales periódicos y se verá que están en manos de

capitalistas para quienes nada es nada fuera de sus intereses; intereses, claro que sí esta vez, comprometidos al advenimiento de una era comunista—viene pregonando a diario el odio contra esta doctrina, engañando a sus lectores y haciéndoles temer lo que en modo alguno es odiable ni temible? Porque, ¿sabéis lo que representa el tan temido comunismo? Pues simplemente una *sociedad que tiende a que todos los bienes que afectan a la producción y al consumo sean comunes.* Ni más ni menos, ni menos ni más.

¿Qué ocurre en las familias bien avenidas? Pensad conmigo un poco: Si habéis tenido la dicha de nacer en el seno de una familia feliz o si estáis aún en ella, recordad lo que ocurre y cómo en su círculo se vive: Del capital—bienes de todas clases—de que en ella se disponen, disfrutan todos por igual con arreglo a sus necesidades. La dulce y benéfica tutela de los padres alcanza a todos los hijos sin distinción y sin preferencias y de cuanto hay, alimentos, vestidos y diversiones, así como trabajos y hasta sinsabores, toma cada uno la parte que le corresponde. Y la paz no se interrumpe ni la armonía se quebranta, sino cuando alguno falta a sus deberes en daño suyo y perjuicio de los demás. Pues bien, esto es en síntesis la sociedad comunista y esto es el comunismo. El comunista quiere constituir una gran familia, hoy nacional, mañana universal, en que, como en las familias privadas, cada individuo goce de un minimun de derechos que le son debidos por el hecho de *vivir* y de cuantos más él pueda adquirir a costa de sus méritos y de su trabajo. El padre dá, en la familia a

cada uno de cuantos la constituyen, primero y ante todo, una ocupación en armonía con sus gustos y facultades; así la madre llevará con él la buena administración y la tutela de la casa; la hija mayor se ocupará de la cocina y demás servicios domésticos (1) la hermana segunda se encarga del lavado y repasado de la ropa; la tercera ordeñará la vaca y cuidará de los animales caseros. El hijo primogénito va al campo con el padre; el pequeño limpia los establos. Todos trabajan. Apuntemos, pues, en el haber de la sociedad comunista: *La sociedad comunista es una entidad social en que todos trabajan.*

Ahora bien, cada individuo en la familia a cambio de este trabajo *necesario, fatal, forzoso, obligatorio*, reciben una porción de beneficios que les son indispensables como criaturas humanas; esto es *alimentos*, (los suficientes y necesarios) *vestidos* (sencillos, pero suficientes también), *casa* (modesta, pero cómoda, limpia e higiénica), *luz y calor* cuando ambas cosas se necesitan.

Esto, a lo que toda criatura tiene derecho, lo tienen asegurado. El resto, los pequeños lujos (en modo alguno supérfluos) y las satisfacciones que pudiéramos llamar extraordinarias se la procuran a costa de su ingenio y de un mayor rendimiento en su trabajo.

De modo que la sociedad comunista no es sino una sociedad que se establece sobre las siguientes bases:

(1) Hablo este lenguaje porque creo el más sencillo para que se me comprenda bien. Que conviene hablar al mismo tiempo a las inteligencias y a los corazones.

Derechos de sus individuos (¡Verdaderos derechos del hombre en cuanto hombre!)

A que se le dé *trabajo* en armonía con sus fuerzas y aptitudes.

A que se le dé *albergue*, modesto, pero suficiente, sano.

A que se le dé *luz*.

A que aquel *trabajo* se le remunere *suficientemente* para que pueda atender, sin miseria, aun con el importe del trabajo *mínimo*, a sus restantes *necesidades*.

Deberes: Trabajar y no perjudicar a los demás.

¿Ven ustedes como la cosa no es tan terrible como parece?

¿Pide mucho el *comunista*? ¿Creen ustedes ahora, en verdad que el *comunismo* es malo? ¿Consideran, sinceramente, que una *comunidad* así sería odiosa?

Pero ya oigo a muchos gritar: ¿Pero esto es el Comunismo? ¿Pero así se vive en Rusia? ¿Pero si nos habían dicho...? ¿Pero si sabemos...? ¿Pero si...? A otros: ¡Eso es una utopía! ¡Un sueño!...

Un momento aún:

Desde luego, lo que pasa en Rusia no lo sabemos. No lo sabe nadie. Lo único positivo que se sabe del comunismo ruso son las doctrinas de sus implantadores y la legislación soviética. De aquellas, de sus ideas y de sus propósitos, se sabe, sí, por sus escritos; de lo demás, de lo que allí pueda ocurrir en realidad no se sabe nada cierto y positivo. Las noticias más contradictorias nos llegan a diario según la tendencia de donde proceden y si es verdad que se han publicado infinidad de

libros alrededor de aquella nación no es menos verdad que yo hasta ahora no conozco ni uno tan siquiera (y creo haber hojeado la mayor parte) escrito por un autor que haya podido desambular por Rusia a su antojo y, sobre todo, *que sepa ruso*. De haberse reunido ambas cosas en alguno de ellos, yo, prescindiendo hasta de la pasión personal que hubiera podido poner en sus escritos—elemento no despreciable jamás cuando se va en busca de la verdad—les hubiera dado crédito; de otro modo, por un simple viaje a una o media docena de poblaciones, de mero espectador de lo que le han querido enseñar y sin haber podido hablar con el soldado, con el empleado, con el campesino, etc., es decir, con el pueblo ruso, no puede interesarme nada o muy poco, de cuanto digan.

Téngase en cuenta, además, que a un estado tan *sencillo* como el expuesto, no puede llegarse sino tras profundos trastornos en la *complicada* sociedad actual, pues para ello hace falta que el papel que en la familia asume el padre (justo e imparcial en todo momento con cada uno de sus hijos) lo asuma un *poder*—al no poder al *no* gobierno sólo a la larga y tras una cultura en las masas imposible de econtrar al principio, se puede llegar—*en todo distinto de los gobiernos y de los poderes actuales*. Un poder que para tender a la *igualdad* ha de empezar por deshacer las profundas *desigualdades actuales*; que para poder proceder con *justicia* ha de barrer *injusticias* erigidas ahora por sistema y que en una palabra, para que todo en principio sea de todos, ha de empezar por hacer que nada sea de nadie y por

consiguiente, por abolir el *capitalismo* en todas sus formas. Más claro, por hacer que hacer la *tierra*, las *industrias* a base del actual salariado y ciertos órdenes *de comercio*, sean de nadie y de todos, y centralizar en sus manos las instituciones de *crédito*.

¿Se comprende ahora como los únicos enemigos del comunismo y los únicos que deben temer su advenimiento son los *terratenientes* y latifundistas los *industriales* en grande los que comercian con *artículos de primera necesidad*, los *banqueros* y desde luego todos los ricos en sus infinitas vanidades?

De modo que en una sociedad comunista cada individuo tendría asegurado el *trabajo* y la satisfacción de las *necesidades* imprescindibles, y luego, de él mismo dependería el mejoramiento de su situación, como ahora ocurre, sin más restricción que el no pasar de ciertos límites—dentro de los cuales caben casi todos los lujos honrados (Pequeño aparato basta para vivir bien, decía Séneca); los lujos admisibles, no los despilfarros perjudiciales—que pudieran volver a establecer diferencias tan enormes de fortuna como las actuales.

¿Qué tiene, pues, que temer del *comunismo*, no ya el obrero manual, para quien es la definitiva redención, sino el oficinista, el empleado de todas clases, los que ejerzan honradamente las llamadas profesiones liberales, y hasta los mismos comerciantes e industriales en pequeño, cuya redención, asimismo, representa?

O sea, que el comunismo no es un peligro sino para los *capitalistas* y para los *vagos*.

Aquellos serían perseguidos en sus *bienes*. Unos y

exclusivamente en sus bienes con objeto de no dejar llegar a sus manos el *producto del trabajo ajeno*, aunque sí y enteramente, como a cada uno de los demás ciudadanos, el del propio. Los vagos serían perseguidos en sus *personas* y no les quedaría otro recurso que, o enmendarse o desaparecer. Y ni que decir tiene que quienes reuniesen ambas máculas, los que por ser capitalistas fuesen vagos, estos serían perseguidos implacablemente pues no hay crimen social tan grave como el parasitismo. ¡A qué grado de prosperidad y de riqueza no llegaría el mundo con sólo que todos sus hijos trabajasen!

Y esto es, señores, el tan temido *comunismo*, en líneas generales.

Este es el *comunismo* de Platón y de cuantos hombres generosos han sentido rebosar su corazón de indignación ante las tremendas injusticias sociales originadas por la infame desproporción en el reparto de las riquezas causa del 90 % de los males sociales. De modo que estemos orgullosos de ser comunistas como lo fueron los hombres más eminentes, como lo fueron las sociedades más justas y como lo será mañana la humanidad, cuando sea mejor.

Y a los que tachen esta idea de utópica, yo les diré dos cosas: primero, que las ideas de los llamados *utopistas*, expuestas en la primera parte de este folleto, hoy son ya tangibles realidades; y segundo, que cierren los ojos y piensen: primero, en una posible sociedad como ésta, comunista, en que todos trabajen y nadie pase miserias; luego en la actual en que unos pocos

trabajan para los demás; en la que unos cuantos, ladrones propietarios de lo que no puede ser objeto de propiedad, disfrutan y emplean abusivamente riquezas que no *ganan* y que por tanto *roban*, amparados por las leyes que ellos mismos se han hecho; en la que la justicia—¡tan necesaria como el pan!—es un mito y la *ignorancia* un hecho, y escoja. Es más, abstráigase un poco, piense que no ha vivido en tal sociedad, en la sociedad en que vivimos, y verá como considerándola desde un punto de vista más puro y noble y elevado, acaba por creer que no es verdad, que no existe, que no tiene realidad, de tal modo es infame e injusta; y entonces él que espontáneamente exclamará con todo su corazón al pensar en ella: ¡Bah...! ¡No es posible una sociedad así!... ¡Qué utopía!

Parece, en efecto, la sociedad actual, una cosa imposible, fantástica, una verdadera utopía, pero es; y es una gran *infamia*.

Quedamos, pues, en que el tan *temido* comunismo no es sino un:

Movimiento que tiende a la constitución de una sociedad nueva en donde las clases sociales hayan sido abolidas como resultado de la propiedad en común de los medios de producción y distribución; es decir, mediante la comunidad de bienes.

Sin que esta comunidad sea tan *absoluta* que no reconozca la propiedad de aquellos bienes que cada uno haya podido adquirir con los beneficios de su trabajo mientras estos bienes por su número—limitación de las riquezas—o por su empleo, puedan redundar en per-

juicio de los demás; y sin que la *propiedad* llegue a pasar de la vida del individuo—abolición o limitación muy estrecha del derecho a testar.

Es decir que lo que pasa a ser acerbo común son los *capitales*, para poder constituir con ellos la base de una nueva sociedad en que el equitativo reparto de sus productos, permite a los individuos no carecer, de trabajo, y de los elementos indispensables para la vida; y en cambio, mejorar más fácilmente su condición mediante el esfuerzo personal, sin llegar jamás de nuevo al *capitalismo*.

Breve, que el *comunismo* no es, en síntesis, sino la esencia de lo mejor de todas las doctrinas sustentadas por cuantos espíritus generosos se han condolido de la humanidad; extensivamente es el *socialismo* en sus más amplia y generosa concepción.

* * *

Y que el comunismo no es ni mucho menos una utopía, lo demuestra el hecho de que en pequeño ha sido en todas las épocas de la Historia y es actualmente (recuérdese, aparte de las comunidades religiosas de toda clase, las numerosas sociedades comunistas de los Estados Unidos, las fundaciones de los jesuítas del Paraguay que cuentan varios siglos de existencia, etc., etc.) una realidad innegable. Y en grande, ved a la República de los Soviets, establecida en las peores condiciones, es decir, en el pueblo más inculto y fanático

de *Europa*, y en pleno desastre, y ahí está después de varios años atrayendo la atención del mundo que, desde su arte hasta su legislación, espera ávido los destellos que deja traslucir para copiarlos, y que, pese a los cuadros de desolación con que el aterrado *capitalismo*, por boca de su prensa, trata de desacreditarla, hace temblar a los mercados del mundo al sólo anuncio de invadirlos con sus trigos, con sus petróleos y demás productos de que, por lo visto, tiene plétora.

Ahora bien, que este comunismo ruso ha encontrado en su camino muchas dificultades, ha sufrido muchas equivocaciones y ha tenido y tendrá que enmendar muchos errores, cosa evidente es y hemos de admirarlo y reconocerlo, pues de gran enseñanza será para los que hayan de imitar su ejemplo. ¿Cómo se podría hacer sin violencias y tropiezos un cambio tan radical que trastorna la raigambre entera de una sociedad de millones de hombres, y que lesiona y mata tantos pretendidos *derechos* y tantos *intereses*? Sin contar que la realidad sale al paso infinitas veces aún en las teorías más meditadas y sabias, cuando tratan de implantarse prácticamente, creando dificultades que obligan, para llegar al fin propuesto, a variar muchas veces el camino emprendido. Yo en la teoría comunista rusa encuentro tres graves escollos que, a mi juicio, tendrán que enmendar si no quieren que todo su sistema económico se tambalee:

1.° El principio de distribución de los bienes *a cada uno según sus necesidades*; principio ambiguo e injusto. Y nada injusto prospera pues una ley de justicia econó-

mica e histórica hace que lo que debe ser, sea un día. De modo que si hemos, con su ayuda, de destruir las bases de una sociedad para crear otra, ésta, si queremos que sea duradera, asentémosla sobre cimientos cuya solidez esté en su absoluta justicia. La distribución debe hacerse dando a cada uno según sus méritos, es decir, según su trabajo; y este trabajo, medirle en proporción al beneficio que reporte a los demás, no en proporción tan sólo a su esfuerzo. Teniendo en cuenta el posible esfuerzo y las necesidades, es como se deben establecer los beneficios mínimos, además de aquellos a que todos tienen derecho, en cuanto hombres que trabajan, a recibir de la colectividad.

2.° El principio *de la limitación del trabajo.* El trabajo debe ser libre; lo es por naturaleza y la Naturaleza abierta a los hombres confirma este principio brindándonos a que trabajemos sin otra tasa que las que ella misma nos impone. Precisamente el *a cada uno según sus necesidades*, debe ser satisfecho, no por concesiones de la comunidad (que daría lugar como he dicho a injusticias, pues aun pidiendo cada uno lo que necesitase, no podría remediarse sin evidente perjuicio de los demás—imagínese una familia de doce personas cuyo trabajo equivalga al de un hombre solo y distribúyanse los beneficios en proporción de doce a uno a ver que piensa este uno) sino por libertad en el trabajo. Es decir que el que más necesite, o más quiera, que se remedie trabajando más. Cuanto redunde, pues, en beneficio del *trabajo*, verdadero airón, honra, timón y brújula de la sociedad comunista, y de su libertad e in-

cremento, debe ser admitido, respetado, excitado y ensalzado. Sobre que, trabajando todos, jamás será menester trabajar demasiado para poder atender cumplidamente a cuantas necesidades se puedan tener.

3.° Verdadera injusticia representa dentro del comunismo (y de todas las tendencias sociales que en esto miden con el mismo rasero) el desprecio que el *trabajo manual* siente hacia el *intelectual*. Vuelvan todos la vista atrás y vean a qué sino al apostolado y sacrificio de hombres de inteligencia eminente, se deben las conquistas del proletariado; que miren hacia adelante y verán a su frente siempre y luchando por ellos a toda una serie de hombres de ilustre inteligencia entre las inteligencias ilustres de su generación. ¿Por qué, pues, tratar de menospreciar lo que tanto nos favorece? Por otra parte; ¿es que en el mundo no hay otros *trabajos* que los que con la hoz o el martillo han de realizarse? En el complicado engranaje de las sociedades modernas, ¿no hay miles de trabajos diferentes que deben encarnar en miles de diferentes aptitudes? Que todos trabajen, pues, del modo más en armonía con sus facultades y que todos los trabajos sean respetados. Que el trabajo sea un derecho y una obligación, pero nada más; pero que no crea el que trabaja con las manos que su trabajo es mayor y más útil que el del que trabaja con su inteligencia; ni que éste se enorgullezca de un trabajo mejor, sino que todos cooperen en la medida de sus facultades al bienestar de todos. Dejen, pues, los trabajadores manuales por agradecimiento y por justicia, de menospreciar la inteligencia. No olviden que el

hombre empezó a distinguirse de los animales cuando desprendió del suelo sus partes más nobles: sus brazos y su cabeza; quedando aquellos, como una bendición, más cerca de la tierra y ésta, como una necesidad más próxima a los cielos.

BOLCHEVISMO

Se llama *bolchevismo, leninismo y más impro,* te *maximalismo al comunismo implantado* e UNION DE REPUBLICAS SOCIALI... SOVIETICAS (*Rusia antigua*) *que, a ba*... *dictadura proletaria y de la socialización de* ... *de una de producción y consumo, tiende a la sup*... *los medios* ... *ersión de clases y a la desaparición del Estado.*

Y como esta vez no se trata ya d ... sino de la cristalización en la sext... e una pura teoría, marxismo, con leves transform... parte del globo, del ...aciones, nada ayudará mejor a comprenderle que un ... a ligera reseña de su breve, pero edificante, y curio... ísima historia.

Al estallar la Guerra ... Europea, el estado de Rusia era el siguiente: La t... erra de un inmenso territorio de 22 millones de kil... ómetros cuadrados, estaba baldía en una gran part... e; mucha, formando inmensos latifundios trabajados por hombres cuya condición apenas se diferenciaba de la de los antiguos esclavos y la parte que pudiéramos llamar *libre*, sujeta a una forma de propiedad territorial análoga a la que existía en Ale-

mania durante la Edad Media, pues los municipios rurales repartían periódicamente los campos entre los habitantes, quienes estaban obligados a trabajarlos por el sistema llamado de *cultivo de rotación trienal*. La industria corría pareja de una agricultura tan retrasada. En los hogares rusos tanto la lana como el cáñamo y el lino eran hilados a rueca. Esta misma lana y el lino, eran luego tejidos en telares caseros no sólo en el campo, sino también en las ciudades; y de 150 millones de habitantes, tan sólo 2.5 pertenecían a la población obrera. La instrucción al mismo tenor: el último censo del imperio arrojaba una cifra de 55 por ciento de analfabetos totales entre 15 y 50 años. El Gobierno, por su parte, acababa de pasar de absoluto a constitucional, pero más bien de nombre que de hecho pues si bien los proyectos de ley presentados por el Gobierno, no podían tener validez si el Parlamento los rechazaba, tampoco los propósitos y decisiones de la representación popular (el Consejo y la Duma del Imperio) tenían validez sin la aprobación de la Corona que se reservaba el veto absoluto. Y aunque la Ley Fundamental de 23 de Abril de 1906 había reconocido en su capítulo 8.º derechos semejantes a los de otras constituciones europeas (especialmente a los de la Prusia de 1850), lo cierto es que bastaba un decreto de la sección de Policía para declarar el estado de guerra y que el país entero, muy especialmente las regiones industriales y las capitales más importantes, vivían en contínua anormalidad constitucional.

En este estado de cosas, llega la guerra y al cabo

de tres años de desastres e infinitas miserias, colmada ya la paciencia del pueblo, estalla la revolución de 1917. Al levantamiento ya irreprimible de las masas y ante las enérgicas peticiones de la Duma solicitando un Gobierno integrado por los diferentes partidos, incluso con representación de los más avanzados, el zar Nicolás, aterrado, abdicaba en 15 de Marzo en favor del Gran Duque Miguel, su hermano, quien, en vano trató de bienquistarse con el pueblo declarando que tan sólo con el asentimiento de una Asamblea Constituyente, aceptaría el trono, y haciendo dejación del poder en manos de un gobierno provisional que habría de gobernar hasta una vez reunida la Asamblea. Este gobierno, empezó al punto a dictar medidas liberales: concedió amnistía a todos los condenados políticos deportados en Siberia; abolió la legislación anterior referente a la nacionalidad, domicilio, adquisición de la propiedad, admisión a los empleos y cargos públicos, reunión y asociación, etc., etc., proclamó la libertad religiosa y de conciencia; empezó la redacción de una ley electoral a base del sufragio universal, directo, secreto y con sistema de representación proporcional; en fin, trataron a toda prisa de dar forma liberal y europea a aquel caos inmenso de despotismo y de injusticia. Pero, el pueblo, cada vez más ávido de aquella libertad que durante siglos le había sido negada, no podía detenerse ya en el camino de las conquistas, y con pretexto de la intentona monárquica del general Korniloff, el Gobierno provisional proclamó el 14 de Septiembre la República y un mes más tarde, estallaba la revolución

bolchevique y con ella llegaron a disputarse el poder los dos partidos socialistas rusos, proscritos y perseguidos hasta poco antes: los socialistas revolucionarios y los sociales demócratas.

Ambos habían vivido hasta 1905 como sociedades secretas. Hasta entonces—y después como se ha visto—libertad de pensar, de espíritu, en Rusia, era sinónimo de esclavitud de cuerpo, de prisión, de deportaciones, de muerte muchas veces. Los socialistas revolucionarios, en oposición al marxismo puro, pretendían que no era preciso destruir el capitalismo y que hasta era necesario éste, en cierto modo, para poder instaurar el socialismo. Los sociales demócratas, en cambio (partido fundado en 1898 por Plechanow y Axelrod) se mantenían en terreno marxista. Y en su seno nació en el segundo Congreso, celebrado en Londres en 1903, el *bolchevismo* y en este mismo Congreso se produjo su escisión. Una minoría partidaria de tendencias templadas y que estaba dispuesta a colaborar con otros partidos, incluso con partidos burgueses con tal de que fueran contrarios al régimen existente, y a apoyar a los sindicatos, quedó, capitaneada por Martow, frente a la mayoría, dirigida por Lenín y profundamente radical, e intransigente con todo lo que no fuese marxismo puro y revolucionario. Esta mayoría se llamó *bolchevique* (de *bolche*, más) y la minoría *menchevique* (de *menche, menos*). El menchevismo, llamado también *minimalismo* no es, pues, sino, un *socialismo democrático de tendencias amplias, pero templadas e inclinaciones sindicalistas.*

En la última Duma del imperio los bolcheviques tan sólo tenían unos cuantos diputados. Pero estalla la Revolución, llega Lenín a fines de Abril a Petrogrado y convoca una conferencia en la que sentó inconmovíblemente su famosa declaración de: *Todo el poder del Estado, a los Soviets.* (Consejos). Una intentona bolchevique fraguada en Junio de 1917 fracasa; pero a la segunda, el 7 de Noviembre tras una corta lucha en las calles, consigue el poder y empieza la dictadura proletaria soviética que desde entonces tiene anhelante y asombrado al mundo.

Y he aquí en brevísima síntesis la labor de esta dictadura para su afianzamiento y para la implantación de sus doctrinas:

Abolición de la Asamblea constituyente y reunión del Tercer Congreso Panruso que, como antecedente a la nueva constitución, redactó la *Declaración de derechos del pueblo trabajador y explotado* cuya síntesis es la siguiente: Constitución de la República soviética de obreros, soldados y campesinos con el propósito de suprimir toda explotación del hombre, abolir definitivamente la división de la sociedad en clases, aplastar sin piedad a los explotadores, realizar la organización socialista de la nueva sociedad y hacer triunfar dentro y fuera de Rusia el Socialismo. Para ello y como primeros actos suprimieron la propiedad privada de la tierra que declararon de propiedad nacional, así como los bosques, el subsuelo, las aguas de interés público general, el ganado, todo el material, propiedades y empresas agrícolas, fábricas, minas y ferrocarriles. Anularon

cuantos empréstitos y deudas había contraído el Estado de los Zares. Monopolizaron los bancos. Armaron a los trabajadores; desarmaron a las antiguas clases poseedoras y declararon el trabajo obligatorio.

Y desde entonces y sin olvidar ni un instante que el derecho de propiedad privada sobre los medios de producción es precisamente la causa de que el capital tenga en sus manos ese odioso poder, como dice Bujarin, sobre los trabajadores, viene laborando y luchando denodadamente contra infinitos enemigos de dentro y de fuera, para consolidar sus teorías y aspiraciones que no son, en síntesis, sino la implatanción del comunismo mediante una dictadura proletaria que mantenga el poder en manos de los soviets para que la clase obrera y campesinos pobres, alcancen todos las libertades necesarias para su preponderancia; para que los Bancos sean de propiedad colectiva; para que la gran industria sea del pueblo trabajador; para que el cultivo de la tierra, sea colectivo y perfecto; para que la industria sea administrada, regida y explotada por los obreros; para que los beneficios comerciales sean suprimidos y, en fin, que el pan tan sólo sea para los que trabajen.

¿A dónde va Rusia? Difícil es profetizar. Mucho más cuando cercada por todas partes por muchos y poderosísimos enemigos (el capitalismo del mundo entero) ha de luchar, no tan sólo con las dificultades interiores inherentes a ensayo tan portentoso y gigantesco como el que está realizando, sino contra las acechanzas enconadas y traidoras del exterior. Pero, ¿hay ni motivo siquiera para pensar que después de haber resistido

victoriosa y pujantemente los catorces primeros años, pueda ahora fracasar? Por el contrario, ¿no brota por todas partes el comunismo como algo fatal, epidémico, irremediable; como una verdadera ley de justicia histórica que viene, sin que nada ni nadie sea capaz de detenerla, a remediar un estado de cosas que no solamente la razón y la humanidad, sino la ciencia económica ha condenado ya? Puestas como en una balanza gigantesca están, de una parte las Repúblicas soviéticas con todo su caudal de nuevos derechos y nuevas justicias y del otro, el mundo capitalista de las demás naciones intentando, con el peso de su oro, que es mucho y de sus codicias e iniquidades, que son más, inclinar el fiel a su favor; y en este fiel, indeciso aún pues de ambos lados les solicitan impulsos, si no igualmente justos, si igualmente poderosos, el proletariado del mundo entero. ¿Se decidirán al fin, a lanzarse sin más vacilaciones nntentando con el peso de su oro, que es mucho Una nación que se decida a seguir el ejemplo de las Repúblicas soviéticas, bastará tal vez para romper este equilibrio y que la balanza caiga arrastrando a las demás y con ellas al capitalismo mundial.

*

* *

Y ya no queda de las tendencias socialistas que pudiéramos llamar *rojas*, más que el *espartaquismo* que no es sino un *movimiento alemán cuyos partidarios, radicalmente comunistas y discípulos fieles de Marx y Engels, tienen como lema y móvil de sus esfuerzos*, la

defensa de los intereses comunes al proletariado universal, desde las trincheras del comunismo.

Es, pues, esta tendencia, un simple comunismo o bolchevismo alemán, muy similar al ruso y que en sustitución al vocablo ruso *olchevismo* ha adoptado el nombre más latino de *espartaquismo* en recuerdo de Espartaco, el jefe de la célebre revolución de esclavos que estuvo a punto, hace siglos, de dar al traste con la sociedad romana.

ESCUELAS SOCIALISTAS BLANCAS

Las escuelas socialistas blancas o tendencias sociales templadas son— aparte de las variedades socialistas no violentas ya mencionadas—: el ***Reformismo*****, el** ***Cooperatismo*** **y el** ***Solidarismo*****.**

REFORMISMO:

El *reformismo es una tendencia social que admitiendo la propiedad privada con todos sus atributos, trata, tan solo, de remediar sus abusos por medio de restricciones adecuadas a cada caso particular.* Estos medios son, por ejemplo, la limitación en los intereses de los préstamos; en los alquileres de los arrendamientos y de las casas; en fijar un mínimum a los salarios que no pueda ser quebrantado por convenios particulares; en conceder gratuítamente a los obreros, en las sociedades por acciones, una parte del capital social; en imponer ciertas y determinadas condiciones para la dirección de las oficinas, para la explotación de las tierras, de las minas, de los saltos de agua, etc. Todo ello, como se ve,

viene a caer dentro de los límites y atribuciones del socialismo de Estado más bien que dentro del socialismo propiamente dicho.

COOPERATISMO:

El cooperatismo es un movimiento que tiende a realizar la emancipación económica mediante las asociaciones cooperativas de todas clases.

El cooperatismo es tal vez, de todos los sistemas, el que hasta ahora ha triunfado más continua y frecuentemente y, nacido, por decirlo así, al compás de las necesidades de la vida moderna, ha ido ofreciendo una modalidad característica y casi exclusiva en los diferentes países. Así en Inglaterra sobresalen y abundan las cooperativas de consumo; en Alemania, las de crédito; en Francia, las de producción; en Dinamarca, las rurales; en los Estados Unidos, las de construcción, etc.

Las cooperativas, en todas sus formas, son utilísimas a las demás tendencias societarias, aun a las más avanzadas, pues realizan a la perfección uno de de los grandes beneficios sociales consistentes en la abolición de los *beneficios*, base del comercio privado y causa, en gran parte, del enriquecimiento de unos pocos a costa de los demás y por tanto, de las desigualdades y del incremento de la propiedad privada. De tal manera son útiles, que aun dentro del comunismo puro, su papel es importantísimo para combatir una de las cosas más difíciles de desarraigar que es el deseo de lucro comercial y pa-

ra impedir la explotación y ayudar pronta y eficazmente a la liberación económica de los trabajadores.

Un estado comunista bien organizado es, a un tiempo, una inmensa y perfecta cooperativa de producción, de crédito y de consumo. De producción desde el momento en que permite a los obreros, una vez socializados los capitales, escapar a la férula patronal, produciendo con sus propios medios y por su propia cuenta, vendiendo directamente al público y guardando, para ellos, el producto íntegro de su trabajo. En cuanto sociedad de crédito, les permite recibir los préstamos que les sean necesarios sin tener que caer en las garras de los usureros y procurarse directamente los capitales necesarios o crearselos ellos mismos mediante ingeniosas combinaciones de ahorro y mutualidad. En fin, como sociedades de consumo, pueden comprar directamente de las fuentes productoras aquello que ellos mismos no produzcan, suprimiendo los intermediarios y obteniendo con ello una doble economía, no sólo por lo que a los precios se refiere, sino en cuanto a la calidad, cantidad y medida de los artículos.

Todo ello no quiere decir, ni hay que pensar en modo alguno, que las virtudes de la cooperación puedan servir ellas solas, por perfectas y extendidas que se las suponga, como panacea para resolver la cuestión social en substitución de la lucha de clases. Pero sí, y bien claro lo he dicho, pueden ser utilizadas al día siguiente de la Revolución, como ayuda poderosa, en medio de las incontables dificultades económicas que forzosamente han de surgir, para allanar obstáculos y forta-

lecer las energías individuales y el espíritu de solidaridad; es decir, como elemento pacificador y auxiliar de la obra de consolidación del nuevo estado de cosas; pues la cooperación no tan sólo no empuja a la lucha —y luego de la lucha final, cuanto antes se asegure la estabilidad del nuevo orden de cosas y la paz, mejor para su pronta y eficaz consolidación— sino que es evidente que toda forma de asociación cooperativa tiene por carácter esencial la abolición de un conflicto, la desaparición de la lucha entre intereses antogónicos: conflicto entre vendedor y comprador, si se trata de asociaciones de consumo; entre acreedores y deudores, si de asociaciones de crédito, y no digo entre patronos y asalariados y entre propietarios e inquilinos, como hacen las de producción y de construcción en las sociedades de hoy, porque estas diferencias ya habrán desaparecido por el sólo hecho de la socialización de la propiedad.

SOLIDARISMO:

El *solidarismo* es un *movimiento social que tiende a hacer de la solidaridad, norma de conducta, deber moral y hasta regla jurídica sancionada por la ley.*

El solidarismo, partiendo de esta ley natural que constituye la mútua dependencia de unos hombres respecto a los demás, tanto en lo que afecta a la parte social—división del trabajo, cambio, etc.—como a la parte individual—herencia—, trata de transformar la sociedad integrada por los hombbres en una especie de

gran sociedad de socorros mútuos, bien a base de la buena voluntad de los individuos, bien por imposición legal que obligará a tomar a cada individuo la parte que le corresponda de la carga de los demás, así como se aprovecha y beneficia del bien que por los demás les viene.

El solidarismo se distingue del socialismo en que no ataca y mantiene, por el contrario, las bases del actual orden social; es decir, propiedad, herencias, libertad de disponer y cuantas ilegalidades resulten de ellas; pero en cambio, ataca y trata de remediar estas ilegalidades procurando ligar los débiles a los fuertes por los infinitos lazos de las asociaciones voluntarias. Admite también, la intervención del Estado de cuantas maneras pueda, mediante la ley (reglamentación del trabajo, protección contra alojamientos insalubres y adulteración de alimentos, formas de seguro y previsión obligatorias, etc., etc. inculcar en las diversas clases de la nación el espíritu de solidaridad.

El solidarismo, pues, está muy próximo al socialismo de Estado.

León Bourgeois ha tratado de dar forma jurídica al concepto un poco vago de la solidaridad y para ello razona del modo siguiente: Todo hombre, dice, "nace deudor a la sociedad en virtud de un contrato tácito resultante de las ventajas colectivas, fruto de la labor de todos, de los cuales él recoge libremente la parte que le corresponde. Debe, pues, empezar por pagar esta deuda por cuantos medios estén a su alcance, y tan sólo después de haberla satisfecho, podrá usar con derecho de su libertad económica y de su propiedad privada."

EL ANARQUISMO

Entre todas las ideas sociológicas modernas ninguna tan odiada y tan combatida como la doctrina Anarquista quizá por ser, aunque otra cosa se crea, la más desconocida o cuando menos, la más falseada de todas.

Ante la insistencia no ya del público en general cuya cultura procede y no va más allá del periódico que lee, sino de estos mismos periódicos y aun de libros y revistas en que colaboran quienes debían de estar bien informados, y en los que no se encuentra para la Anarquía y sus partidarios y defensores, sino palabras de odio y de reprobación, conviene aclarar ciertos puntos oscuros para muchos todavía, fijar el verdadero valor y sentido de dicha palabra y de dicha doctrina y en definitiva, demostrar que hay anarquistas y seudoanarquistas, es decir, verdaderos y falsos anarquistas, más claro, anarquistas platónicos, de idea, y anarquistas revolucionarios, de acción.

Los unos, aquellos, los verdaderos, son hombres de espíritu y cultura superiores, humanitarios, místicos, idealistas que sueñan con un orden social sin superioridad establecida y sin leyes—*falta de Gobierno en un*

Estado—una sociedad basada únicamente en la libre cooperación de sus individuos, y cuyo error máximo, quizá, está en juzgar los sentimientos de los demás hombres por los suyos propios y creer que las facultades intelectuales y morales de la multitud están a la altura de las suyas. Los otros, los falsos anarquistas, los de acción, son locos depravados o vulgares asesinos que escudándose de mala fe o por error, y retorciendo a su conveniencia las puras teorías de aquéllos, cometen crímenes con el pretexto de querer destruir la sociedad existente buscando de esta manera el advenimiento de tiempos mejores. Bajo su bandera entran todos los espíritus inquietos, aquellos cuya doctrina consiste en no tener ninguna; los que se aferran a las palabras incapaces de concebir ideas grandes ni siquiera de comprender las concebidas por los demás. Estos individuos que así proceden (y son los más numerosos) desvirtúan completamente las doctrinas que pretenden defender y son en definitiva, como dice Hamon, rebeldes más o menos conscientes.

Entre los verdaderos anarquistas hay pensadores eminentes y nobles figuras dignas de toda admiración y de todo respeto. Los otros, los falsos, pueden vanagloriarse de haber contado entre sus adeptos a algunos de los más temibles criminales modernos.

Lo triste es, que en general nos ocupamos mucho de estos últimos y muy poco de aquéllos, comprometiendo de esta manera una filosofía digna de todo respeto e identificándola con actos absolutamente opuestos. Esto ha dado por resultado que los verdaderos anarquistas

justamente amargados ante esta injusticia y horrorizados, al mismo tiempo, de los actos que tan indebidamente se les imputa, se hayan apartado de toda propaganda inmediata, reconcentrándose en sí mismos y limitándose a ser testigos de los síntomas de descomposición que ofrece la sociedad moderna. Así, estos verdaderos y puros anarquistas han aparecido y se ha revelado inesperadamente algunas veces, con gran sorpresa de muchos, entre los sabios, poetas y escritores modernos y aun entre los directores de revistas esencialmente aristocráticas o de sociedades financieras e industriales poderosas. Pero por aquellas razones, limitándose siempre a cultivar su pensamiento y sus doctrinas sin exponerlas, o cuando más de una manera velada, pero sin discípulos, sucesores ni aun relación con los pocos que profesan parecidas creencias.

¿Qué puede, pues, haber de común entre estos espíritus elegidos y superiores y sus teorías, y los crímenes cometidos por los otros en nombre de doctrinas—irrealizables por hoy—que no comprenden y cuya perfección no alcanzan a sentir?

Por esto es preciso repetir que los anarquistas (y ya sentada la diferencia sólo amparemos bajo este título a los verdaderos) que han ensayado realizar por sí mismos su ideal, (que no es otro que contribuir en la medida de sus fuerzas y desinteresadamente, al bienestar común) han sido y son hombres verdaderamente excepcionales, a tal punto, que no es difícil tachar su celo de exageración. Recuérdese sinó a Eliseo Reclus, el gran geógrafo, que llevaba la perfección de su con-

vencimiento hasta encontrar reprobable no solamente matar a los animales para comerlos, sino sustraerles egoístamente algo en nuestro beneficio; por lo que él rehusaba beber leche y comer queso o huevos, y encontraba detestable hasta privar a las ovejas de su lana, alimentándose únicamente de frutas y muy especialmente de nueces.

Aun más conocida y también ejemplar era la vida de aquel otro anarquista y vegetariano que fué el Conde de León Tolstoi a quien su cualidad de novelista ha dado una popularidad que para la mayor parte de sus lectores no ha pasado precisamente de esta esfera. León Tolstoi fué el fundador del grupo llamado *Anarquistas Católicos* de los que aún existen varias colonias y cuya doctrina está contenida en el Sermón de la Montaña. Porque es preciso hacer constar, para que lo sepan los que se horrorizan al sólo enunciado de la palabra *anarquista*, que no otra cosa sino anarquismo y del más puro predicaba Cristo cuando decía que el que quisiera seguirle dejase a su padre y a su madre y a sus hermanos. Así Tolstoi levanta sobre los evangelios el fundamento de su doctrina por haber hallado en ellos: *la doctrina más clara, más sencilla, más completa y más práctica acerca de cómo deben vivir los hombres.* Claro que su misticismo y sus prácticas distan mucho de estar conformes con las doctrinas de la Iglesia Católica que interpreta a su conveniencia la moral perfecta y la sana doctrina que, atribuída a Cristo, se recogió como la esencia de la filosofía de otros profetas anteriores

y que fué expuesta y enseñada en las primitivas comunidades cristianas.

Pues bien; en el número de estos apóstoles, con Reclus y Tolstoi estaban (aunque difieren en sus puntos de vista; no el manso idealismo de sus doctrinas), el Príncipe Kropotkin que llevó la seguridad de su convencimiento y el amor a sus ideales hasta rechazar, aunque no era rico ni mucho menos, el ofrecimiento fabuloso de un franco por palabra que le ofreció un editor norteamericano por sus cuartillas, con la sola condición de hacer constar al lado de su nombre, su despreciada cualidad de Príncipe; el conferenciante Sebastian Faure, el publicista Adolfo Reichman; el holandés Domela y Mosty Spies y otros pocos, sin olvidar a Godwin, Stirner, Tukner y aún el mismo y discutido Proudhon, todos los cuales lanzaron sus doctrinas al cerebro de los hombres sin darse cuenta de que para que fructificasen ampliamente, hubiera sido preciso dirigirlas, como las imputadas al Cristo, más al corazón que a la inteligencia.

¿Puede no obstante darse un ideal más puro que el que ellos imaginan soñando en una sociedad tan perfecta y armónica que fuese innecesaria en ella toda idea de ley, autoridad y gobierno? ¿sociedad en la que fuese inútil todo aquello que representa un dique a la verdadera libertad y una pruba manifiesta de la imperfección de sus miembros que los han hecho necesarios? ¿no fué aspirando a este estado paradisiaco y en nombre del amor universal en el sentido que Cristo manda al rico repartir entre los pobres sus bienes, de-

volver mal por bien y amar hasta a los propios enemigos? ¿dejará todo esto de ser sublime bien que no sea humano?

En contraposición al tipo anterior, en el extremo opuesto al anarquista puro, aparece el libertario de acción, el terrorista, el revolucionario, el de la propaganda por el hecho—propaganda que condeno, no por revolucionaria sino por brutal, por insensata—justamente execrado y perseguido casi siempre. Pero no se le persigue por anarquista, que no lo es, sino por todo lo contrario. El apóstol de esta tendencia es Bakunin cuando predica que la revolución no ha de tener límite ni el revolucionario intereses, ni negocios, ni preferencias, ni bienes, ni siquiera nombre—¿ni móviles justos? ¿ni un ideal realizable y mejor que justifique hasta las violencias?—De sus palabras, de sus actos, del fondo mismo de su ser y de su naturaleza toda ha de de surgir la protesta constante contra el público, contra el mundo civilizado, contra las leyes, contra las costumbres y contra la moral admitida. No debe conocer más que una ciencia: la ciencia de la destrucción. Todo lo restante, los sentimientos de amor, de afecto y de gratitud deben ser sofocados en su alma. Día y noche su único pensamiento será la destrucción implacable, terrible, completa, universal...

Entre los que siguen estas doctrinas que no pueden ser anarquistas, hay una porción de individuos que se escudan en aquella palabra con la intención de dar a sus actos, bestias e idiotas, un aspecto razonable y de buscar un pretexto a su conducta desordenada. No vale

la pena de recordar los nombres tristemente célebres de estos seres imperfectos detenidos en su desarrollo cerebral y como dice acertadamente un tratadista español de este asunto: "pobres alienados en grados diversos en los cuales ha quedado flotante la tendencia altruista que les hace desear una era de felicidad para todos (claro que la buscan equívocadamente por los medios más torcidos) seres lastimosos a quienes todas las influencias del medio, (antepasados, familia, sociedad) han lanzado al crimen y a la locura."

Esto mismo comprueba César Lombroso en su obra *Los Anarquistas*, demostrando con razones científicas la realidad de este triste caso social. Según la investigación verificada por él en los cuarenta y cinco anarquistas de Chicago, llega a la conclusión de que se trata de un estado patológico consistente en la imposibilidad de adaptarse al actual estado social. En algunos de ellos observó indicios de insensibilidad moral: Persona era un místico y un religioso; Vaillant un histérico; otros, criminales comunes, y en general, la mayoría de ellos pertenecían a la categoría de asesinos filántropos.

Los anarquistas puros por el contrario, lejos de mezclarse en los asuntos políticos o en movimientos revolucionarios, han rehusado siempre ocuparse en manejos que tiendan a cambiar la forma de un Estado ya que su teoría exije, no el cambio sino su total abolición y de toda otra forma de autoridad. Por eso, en vano los nihilistas rusos—pese, esta vez sí, a la razón y justicia que armaba sus brazos,—han buscado el apoyo de sus actos en los grandes doctrinales de su país como son

los Príncipes Kropotkin y Tcherkesoff, que no sólo se le han rehusado, sino que han sacrificado siempre sus intereses personales a sus convicciones.

El anarquismo puro ha sido y es un movimiento de ideas. Claro que no tiene organización puesto que la organización es la negación misma del anarquismo. Sus adeptos, sus místicos, sus diletantes, se conocen o no, pero no constituyen siquiera un cenáculo literario o artístico, ni mucho menos por consiguiente una *asociación de malhechores*. Al contrario, sus ideas son de un altruismo superior, de una elegancia exquisita y al mismo tiempo de un valor progresivo muy notable. Con ellas coincide en último término el *comunismo* que espera llegar a alcanzarlas como fin, cuando una humanidad comunista y fraternal, haya llegado a su más elevado ciclo intelectual y moral.

Respecto a *organización*, afortunadamente tampoco la tienen, aunque otra cosa se crea, al menos en los países de la Europa Occidental y América, los anarquistas revolucionarios; limitándose, en París y en Nueva York (donde se halla lo que pudiéramos llamar la escoria de estos sectarios), a constituir pequeñas agrupaciones de fanáticos unidos por lazos de parentesco o de una gran amistad y enardecidos por alguno de sus apóstoles que mantiene entre ellos el fuego sagrado a poca costa. Pero sin dar muestras exteriores de su actividad sino cuando raramente alguno de los anarquistas puros que aún no ha sido suficientemente explotado, les cede alguna pequeña cantidad que sirve para fundar uno de esos periódicos de un día que no llega a tener

transcendencia fuera del círculo que le ha creado, ni más lectores que ellos mismos.

Quede pues sentado que el *Anarquismo* tiene un concepto que podemos llamar positivo y otro negativo. El primero, el verdadero, lo constituye lo que tiene la idea en sí de sublime deseando un orden social nuevo y más perfecto fundado en la libre cooperación de los individuos, dentro de la más total y absoluta libertad individual, y el negativo, cuando pasa la esfera de los idealismos y trata de llevar aquella idea a la práctica por los medios más condenables. En este bando y precisamente por su naturaleza rebelde y desordenada han encontrado campo a propósito toda esa clase de gentes que viven al margen de la sociedad y que no han tenido sino que hacer gala ante los más exaltados de sus ideas revolucionarias, para hacerse considerar como *camaradas* y poder vivir por ello *su vida* y... a su costa. Estos vividores han sido siempre los más dispuestos a hacer *vida independiente*, claro que sin trabajar nunca, para estar en verdaderas condiciones de hacerla.

Y como ocurre siempre y para que sirva de norma a los incautos, haremos notar antes de terminar estas líneas, que los santones del falso anarquismo, los intrusos, los que redactan los periódicos más absurdos y furibundos que militan bajo la bandera roja, los que van sembrando por doquiera el odio y la mala semilla, viajan, gastan y triunfan a costa de los incautos correligionarios que no advierten o no quieren percatarse de la explotación inmoral y pecuniaria de que son vícti-

mas. Las noticias a propósito de esto que en cierta ocasión envió Mr. Alt, corresponsal de *La Sera* de Milán, en Londres (que en oposición a París y Nueva York ve de refugio a la aristocracia de los libertarios) a dicho periódico a título de información a propósito de vida que hacen los cabecillas más admirados, son el testimonio de esto que apunto. También en *La Rusia Terrorista* de Stepniak, puede encontrar, el que lo desee, algunos botones de muestra y semblanzas interesantes de muchos de los principales personajes del seudoanarquismo.

Después de lo expuesto sería muy de desear que no se volviese a emplear la palabra *anarquista* sino para designar a los que verdaderamente lo son. A los otros, a los que falsamente se tildan de ello, llámeselos cuando más falsos o seudoanarquistas. Y déjese de considerar nociva y de execrar a la verdadera anarquía; a la idea que encierra esta palabra; a su verdadera significación; ya que no es en realidad sino el más avanzado y perfecto de los modernos sistemas filosóficos sociales, la más adecuada expresión de las esencias liberadoras; una teoría y una doctrina en suma, tan admirables como lo son todas las doctrinas redentoras, aunque como ocurre siempre que los hombres tratan de ajustarlas a las asperezas de la realidad, pierdan lo que tenían de sublimes al cometerse en su nombre, como en el de todo fanatismo, los crímenes más horrendos e inútiles y las hazañas más abominables.

UNAS PALABRAS FINALES

Acabada esta brevísima exposición de los diversos credos societarios, ha terminado la misión que me proponía con este folleto, misión que en síntesis no era otra que evitar la injusticia que se está cometiendo, odiando y maldiciendo de ciertas tendencias socialistas; y esto, no sólo por aquellos que, sintiéndose culpables,—aunque otra cosa digan,—de abominables injusticias sociales, un fondo de cobardía, de miedo y de egoísmo a perder sus intereses, les impulse a obrar de este modo, sino por otros muchos que habiendo de recibir tan sólo beneficios de ellas, las abominan, por ignorancia, contra toda lógica.

Tal ocurre muy especialísimamente con el *Comunismo*, doctrina y tendencia a mi juicio, la más perfecta entre las diversas en que ha proliferado el socialismo; la más justa; la de más ilustre abolengo (que a mucha honra hemos de tener contarnos en una doctrina que defendieron y ensalzaron los hombres más buenos e ilustres de la humanidad antes de Platón y desde éste, al más grande de los filósofos, hasta la fecha), y

la única *capaz de resolver la cuestión social* con la justicia y rapidez que las clases obreras reclaman.

Hora es ya, en efecto, de que terminen estas desigualdades sociales que tanto dolor, tantas lágrimas y tanta sangre han costado, durante siglos, a la Humanidad. De que no haya otra *nobleza* ni otro *sacerdocio* que el del trabajo. Durante siglos disfrutaron los nobles de la tierra y de todos los derechos y prerrogativas, y los comerciantes del dinero. Con ello, al pueblo que no moría de miseria en los campos (y que moría, lo prueban las emigraciones; ¡qué sangría, representa en nuestra historia la conquista y colonización de América!) tenía que vivir de la guerra, alistándose para el raqueo, la rapiña y el crimen disimulados bajo los andrajos de la gloria; o en las ciudades en míseros servicios; no muy hartos, en ninguno de los casos, pero libres o casi libres, al menos. Pero cambiaron los tiempos y al nacer la Gran Industria en lugar de mejorar la condición del hombre, empeoró por cuanto ésta no le quita el hombre y en cambio le enferma y le esclaviza. ¿Es esto condenar esta Industria? En modo alguno, pero sí el salariado que ha traído consigo. Contra éste, contra la injusticia que representa y por su destrucción, luchan hace un siglo los hombres más eminentes de la mano de los más humildes frente el capitalismo y ya, a lo que parece, ha llegado la hora de la redención.

Por ello, porque creo que es su hora, la hora de la justicia, soy partidario de la única tendencia social que sobre no demorarla más, la determina; del Comunis-

mo. Ninguna de las otras escuelas, ni el socialismo tan lento y contemporizador, ni el colectivismo tan incompleto, ni el sindicalismo que, cegado por su egoísmo, no ataca a fondo la raigambre capitalista, pueden conseguir ni en siglos de lucha, lo que súbitamente, en un día, y pongo a Rusia por testigo, puede conseguir el comunismo. Al contrario, divididos y enemistados socialistas y sindicalistas, por un lado la U. G. T. y por el otro la C. G. T., gastan su tiempo y sus energías sin provecho para la clase obrera que, pese a estas tristes divisiones de escuela, es una, como unos son sus intereses y una la justicia de la causa que la anima. En cambio, ¡qué regocijo todas estas tendencias y escisiones —divide y vencerás—, para el capitalismo! ¿Qué habéis hecho, obreros divididos y subdivididos en tantos grupos y tendencias, del (*¡Proletarios de todos los países uníos!*) de Marx? ¿Hasta cuando váis a estar haciendo el juego de los capitalistas con vuestras disensiones? ¿A qué las contemporizaciones y los paliativos socialistas? ¿A qué las incesantes huelgas del sindicalismo? ¡Cómo se ríen los capitalistas cuando las perdéis y cómo y mucho más, cuando las ganáis! Con gran dificultad y resistencia parece que ceden a las peticiones obreras, pero en el fondo, cómo deben burlarse y encogerse de hombros! ¿Queréis más salario? dirán. ¡Bueno! Y con una mano lo dan y con la otra suben el precio de las mercancías. Y el trabajador va de ilusión en ilusión, de espejismo en espejismo, asombrándose de que pese a los incesantes aumentos de salario, su bienestar, ¡no aumenta! Como que están, infelices, cogidos en

una cadena y, cada vez que obtienen un aumento de jornal, como va seguido de una elevación en los precios, ellos no ganan nada y en cambio sí el capitalista, industrial o comerciante que es el que verdaderamente se beneficia con el tanto por ciento correspondiente a la elevación del precio de la mercancía. Por ello, porque el mal hay que atacarle por su base, porque es tan grave y tan hondo que de nada sirven los paños calientes, y porque aún los revulsivos enérgicos, como son, al parecer, las huelgas, sólo producen una hinchazón momentánea seguida, no de curación, sino de nuevos y más agudos dolores, es por lo que me lamento de que los trabajadores no se dejen de una vez de partidismos y se unan en una sola tendencia y en una sola acción capaz de dar al traste de una vez y prontamente (¡Volved los ojos a Rusia!) con la causa de todos sus males.

Lo malo es que con todas estas divisiones y escisiones se quebranta, no tan sólo la unidad de acción, sino la unidad de doctrina, de idea; y el obrero, desorientado y rabioso, comete actos, atentando contra las máquinas, cuya sinrazón ha de caer sobre ellos mismos. Que el éxito para ellos mañana, muy pronto, cuando la tierra sea socializada, estará en su cultivo colectivo (por lo menos en el aprovechamiento en común de muchos servicios comunes). ¡Y entonces echarán de menos estas máquinas que ahora destrozan y que tanto les suavizarían y adelantarían el trabajo, y de nuevo tendrán que adquirirlas haciendo duros sacrificios o mermando el capital naciente de la naciente so-

ciedad comunista, lo que será mermar sus medios de consolidación y defensa!

Una unión inquebrantable entre todos los trabajadores; un programa único; *un único ideal*; tan sólo así se podrá vencer; tan sólo así se podrá en cada país deshacer el capitalismo por la socialización de la tierra (suelo y subsuelo), de la industria, del comercio y del crédito: tan sólo así podrá libertarse de golpe la clase trabajadora.

*
* *

En cuanto al modo de realizarlo, no veo otro ni más lógico, ni más natural, ni más directo, ni más práctico que la Revolución. Pero una Revolución total, radical, absoluta, destructora de lo viejo y renovadora al estilo de Rusia. Revolución que incluso, si es llevada a efecto como un solo hombre por el proletariado de todo el mundo, no tiene por qué ser sangrienta.

El caso de la reciente revolución española que dió al traste con la Monarquía, es muy elocuente e instructivo. Bastó la voluntad popular (mejor diría la obrera, que los obreros han sido los que verificaron el cambio ¡lástima que se quedasen tan cortos!), para que un régimen que poco antes parecía inconmovible, fuese barrido cual una hoja seca, sin disparar un tiro ni derramar una gota de sangre. Bastaría pues, un impulso de voluntad popular firme e inquebrantable, impulso

común en ciudades y campos, común a todos los trabajadores alentados por la idea comunista, para que los regímenes actuales cayeran y cediesen el paso a las Uniones de Repúblicas comunistas.

FIN

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL